

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Filosofía
Programa de Maestría en Filosofía

LA TAREA Y LA DISCIPLINA:
LECTURA CRÍTICA DE LA OBRA DE FREDERICK WINSLOW TAYLOR A PARTIR DE
MICHEL FOUCAULT

Trabajo de grado presentado por:
María del Pilar Perdomo Giraldo

Director:
Rubén Antonio Sánchez Godoy

Santafé de Bogotá, agosto de 2002

ÍNDICE

Introducción.....

1. Apuntes Para Una Lectura Crítica A Partir De Vigilar Y Castigar
 - 1.1.La Invención Del Sujeto
 - 1.2.Sobre La Crítica Como Tarea Filosófica
 - 1.3.A Propósito De Vigilar Y Castigar Y La Aparición Del Poder Disciplinario
 - 1.3.1. La Transformación Del Poder

2. Saberes Y Tecnologías En Los Principios De F. W. Taylor
 - 2.1.Microfísica Del Orden Del Trabajo En F. W. Taylor
 - 2.1.1. El Cuerpo Como Objeto De La Disciplina
 - 2.1.2. El Espacio Reticulado
 - 2.1.3. La Disciplina Y La Cronología
 - 2.1.4. Individuos Disciplinados: Colectivos Productivos
 - 2.2.El Hombre Trabajador: Objeto Visible Y Enunciable
 - 2.3.El Trabajo Como Agente Normalizador
 - 2.4.Disposición Panóptica Del Trabajo

Conclusiones

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

El texto *Vigilar y Castigar* de Michel Foucault ocupa un lugar fundamental en la obra de este filósofo francés, quizá, entre otras cosas, por las múltiples lecturas que este texto ha posibilitado, en sentidos y claves muy distintas, en diversos ámbitos del pensamiento y según variados intereses.

La más generalizada de las lecturas propondría pensar *Vigilar y Castigar* como un estudio sobre el origen de la prisión moderna elaborado a través del trabajo genealógico de Foucault sobre las formas del poder y el castigo que aparecen en la llamada Época Clásica. Aunque, más allá de esta lectura tradicional, el mismo Foucault propone su texto como una obra que "(...) puede servir de fondo histórico a diversos estudios sobre el poder de normalización y la formación del saber en la sociedad moderna." (1975/1999:314), de modo tal que una clave de su lectura se encuentra en los mecanismos políticos y de conocimiento que se conforman en la modernidad como formas que inauguran una nueva organización de lo social.

En este ámbito, la aparición de las instituciones como estructuras sociales particulares ocupa un lugar preponderante en el recorrido propuesto por el filósofo, atendiendo especialmente aquellas que ejercen gran influencia en la constitución del sujeto moderno, los mecanismos de sujeción que sobre él se disponen y los discursos que lo adscriben como su objeto. Entre estas instituciones, tales como la familia, la escuela, el estado, etc., se encuentra la empresa como agente productivo, regulador económico y soporte fundamental de una sociedad que se consolidó de la mano de un sistema capitalista que se extendió también rápidamente.

En el marco de esta sociedad capitalista, hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX, aparece un personaje singular, que, a través de sus estudios, tradujo los intereses políticos de su época y diseñó un proyecto científico adecuado para lograr el máximo rendimiento de los trabajadores, una organización racional del trabajo y, en definitiva, un aumento considerable en la producción económica. Este personaje es el

ingeniero norteamericano Frederick Winslow Taylor, creador de la llamada administración científica o sistema de trabajo por tareas.

La importancia de este personaje radica en la manera como logró establecer, en la forma de principios, las reglas fundamentales de organización del trabajo que aún rigen nuestras organizaciones productivas, ya de manera directa o de forma oculta tras múltiples rostros que las modas y el tiempo le han atribuido. Su propuesta aparece como una singular forma de producción no sólo económica sino también de hombres adecuados a las demandas de una época que impulsó determinadamente el proyecto moderno industrializado y, en él, el sistema capitalista que le subyace, de modo tal que, como figura histórica, ocupa un papel preponderante en la forma como la organización del trabajo productivo se mantiene aún en nuestro días.

En este marco, se propone este trabajo como una lectura crítica de los postulados Tayloristas según éstos se adscriben de forma particular a los lineamientos que la sociedad disciplinaria ha puesto en marcha en el aparato social moderno. Para ello, se han recuperado los elementos que propone Foucault como claves de lectura del poder disciplinario en su texto *Vigilar y Castigar*, recuperando especialmente los discursos y prácticas que hacen aparecer un sujeto particular en el marco productivo que nos interesa.

En este sentido, la clave de lectura de *Vigilar y Castigar* se encuentra en la idea según la cual los mismos mecanismos que han dado lugar a las formas de regulación y normalización sociales que originan la prisión, se encuentran inevitablemente vinculados a aquellos que disponen la vida cotidiana de los hombres en su vida familiar, escolar, religiosa y productiva, entre otras. A propósito, tal vez sea una ironía suponer que un texto sobre el origen de la prisión ofrece, al mismo tiempo, claves para la comprensión de la disposición del trabajo y el hombre trabajador moderno. Es posible que sea así. Sin embargo, vale la pena rastrear los acontecimientos que han conformado el trabajo, las organizaciones y la vida productiva del modo como las conocemos hoy, con el fin de acercarnos un poco más a aquello que de suyo nos pertenece en cuanto herederos de una tradición política y epistémica moderna.

De acuerdo con lo anterior, el desarrollo de este trabajo se lleva a cabo a partir de tres capítulos, cada uno de los cuales aborda temáticas y problemáticas específicas al asunto que se quiere abordar. Así, en el primero de ellos se delimita el problema que interesa a este trabajo, considerando los lineamientos propuestos por Foucault para el ejercicio de una tarea crítica, al mismo tiempo que se ocupa de recuperar las claves de la lectura que permiten abordar *Vigilar y Castigar* como texto orientador.

El segundo capítulo, por su parte, se propone rastrear en la lectura de Foucault los antecedentes que hacen del poder disciplinario una forma política generalizada, considerando, especialmente, sus cualidades microfísicas y la manera como éstas se han difuminado por el aparato social y han sido llevados al ámbito productivo a través de los trabajos de F. W. Taylor.

El trabajo continúa con una recuperación de las particularidades que conforman la sociedad disciplinaria, a partir del nuevo poder que ha surgido en la Época Clásica y, en ella, de las formas de sujeción que le son propias, es decir, el tipo de sujetos, individuales y colectivos, que se configuran en los nuevos regímenes de saber y poder que ven la luz en este momento, atendiendo particularmente al impacto de estos regímenes en el aparato productivo y, en él, en los postulados de la administración científica.

Para finalizar, se presentan algunas conclusiones de la lectura crítica, atendiendo a los lineamientos propuestos por Foucault para esta tarea histórico - filosófica, conclusiones que resultan de la pregunta por el sujeto que el sistema Taylorista ha creado y las consecuencias de sus principios, aún evidentes en nuestro sistema productivo.

1. APUNTES PARA UNA LECTURA CRÍTICA A PARTIR DE *VIGILAR Y CASTIGAR*

“(…) No obstante, lo que buscamos es el hombre que conozca su oficio y pueda ser inmediatamente utilizado; el hombre que ha sido formado por los demás. Sólo cuando comprendamos plenamente que nuestro deber, como asimismo nuestra oportunidad, reside en cooperar sistemáticamente en instruir y formar este hombre competente, nos hallaremos en el camino que conduce a un mayor rendimiento nacional. (…) Esperamos que los demás lectores comprendan que los mismos principios pueden ser aplicados con igual provecho en todas las actividades humanas: en la administración de nuestros hogares y de nuestras granjas; en la administración de los comercios, grandes y pequeños; en la administración de las iglesias e instituciones filantrópicas; en las universidades y en las reparticiones gubernamentales”¹

Este capítulo se propone plantear los fundamentos para una lectura crítica de los principios propuestos por F. W. Taylor, a partir de los elementos que Foucault aporta en su análisis sobre la sociedad disciplinaria en *Vigilar y Castigar*.

Para ello, en primera instancia, se hará una formulación del problema a trabajar, siguiendo preguntas fundamentales de la filosofía de Foucault en relación directa con el tema que interesa abordar. En segunda instancia, se recuperarán los lineamientos de la tarea crítica emprendida por el autor, de forma tal que se propone como método de trabajo filosófico en relación con el problema formulado y de acuerdo con la manera como se busca aplicar en este trabajo. Por último, se presentan algunos elementos aportados por Foucault en su obra *Vigilar y Castigar* que servirán como punto de partida para este trabajo, a propósito del surgimiento del poder disciplinario y los sujetos que hace aparecer el nuevo orden político y epistémico.

¹ Taylor, F. W. *Principios de la Administración Científica*. Editorial Ateneo: Buenos Aires, 1911/1973. Pág. 8 – 9.

1.1. La Invención Del Sujeto

La obra de Michel Foucault, *Vigilar y Castigar*, ocupa un lugar preponderante en la producción de este pensador, filósofo y psicólogo francés, particularmente en el ámbito de su reflexión crítica sobre una época que ve aparecer el hombre como objeto de todo orden de discursos y variadas prácticas políticas, donde la ciencia aparece con especial importancia.

Presentado, en primera instancia, como un estudio histórico sobre la manera cómo el sistema jurídico y político transforman los parámetros del castigo, sus objetos y su ingerencia sobre los individuos, en su contenido fundamental expone la emergencia histórica de una nueva noción de individuo, vinculada a nuevas formas del poder y a radicales transformaciones en la *episteme* de lo que él ha llamado la Época Clásica, lo que en definitiva determina la constitución de la sociedad moderna como aparato social disciplinario.

En esta obra, si bien es cierto que es explícita la intención del autor de dar cuenta del modo como las formas del poder se vinculan a variados tipos de prácticas jurídicas, es posible, a su vez, encontrar a lo largo de *Vigilar y Castigar* un estudio sobre las formas del poder que generan un particular impacto en el orden social, según procesos de normalización que ponen en marcha procedimientos de individualización, constituyendo una noción de hombre apropiada para esta época histórica.

Así las cosas, *Vigilar y Castigar* puede ser leído en el marco de los intereses de Foucault como una obra que se ocupa de un asunto fundamental de su filosofía, el sujeto como producto y objeto tanto de unas formas del poder como de unos modos del saber², de modo tal que este escrito ofrece la oportunidad de escudriñar los aspectos históricos y políticos que hacen posible la aparición de ese cuerpo paradójico de saberes que hoy se ocupan de la naturaleza y condiciones de uno de los mayores

² Aunque vale la pena aclarar que esta intención no se hizo explícita en el momento de escritura de *Vigilar y Castigar* (1975) y se vincula, más bien, a una lectura retrospectiva basada en la producción intelectual del filósofo.

inventos de la modernidad, el individuo, de la mano de la más refinadas de las formas del poder, hechas concretas en la disciplina.

Entre las lecturas posibles sobre el individuo que se hace visible en las coordenadas epistémicas y políticas de la Época Clásica, y que hace manifiestas Foucault en *Vigilar y Castigar*, aparece de manera interesante el descubrimiento del hombre como objeto del sistema productivo que comienza a consolidarse a partir de los procesos de industrialización y la organización del trabajo, según las condiciones que la naciente disciplina impone.

En efecto, los nuevos órdenes de la economía y el desarrollo de las tecnologías aplicadas al ámbito productivo a partir, especialmente, del siglo XVIII, generan profundas transformaciones en lo social que no sólo implican la expansión del proyecto capitalista e industrializado, sino que también dan cuenta de la creación de nuevos sujetos apropiados al régimen que se impone. En este sentido, es posible ubicar, en el marco de estos acontecimientos, el surgimiento de dispositivos de subjetivación que dejan entrever una interesante relación entre el saber y el poder.

Entre las disposiciones de la sociedad disciplinaria, a propósito de una nueva noción de sujeto ajustada al mundo de la producción, es posible encontrar los planteamientos de W. F. Taylor, cuya propuesta es de gran valor en el pensamiento de Occidente en tanto constituye el primer estudio metódico, con pretensión científica, sobre el hombre que trabaja, el trabajo y la producción en general, dando lugar a la aparición de objetos, discursos y tecnologías que no han cesado de reproducirse y transformarse hasta nuestros días.

En este sentido, la importancia de F. W. Taylor, además de lo mencionado, radica en el profundo impacto que su estudio ha generado a nivel de la transformación no sólo de la idea de sujeto trabajador, sino de la manera misma como ha dispuesto los órdenes productivos y científicos que aún replican sus principios bajo el estandarte del aumento de la eficiencia, incluso en ámbitos muy distintos al de la empresa tales como la escuela y el estado. Mas aún, si se trata de interrogar cómo el mundo del trabajo ha llegado a ser de la manera como se conforma en la actualidad, necesariamente habría que ir a F. W. Taylor y rastrear en sus postulados los

fundamentos que hoy disponen la vida de los hombres trabajadores, las formas del trabajo y las organizaciones productivas.

De acuerdo con esta lectura de F. W. Taylor se propone este trabajo en particular, con la pretensión de rastrear en la sociedad disciplinaria, tal como la comprende Foucault en su naturaleza y singularidades, las condiciones que hacen posible la aparición del Taylorismo y con él las nuevas superficies de inscripción de lo humano en vinculación con el ámbito productivo en el que se ubica. En otras palabras, se trata de demostrar cómo los principios que se imponen al hombre trabajador en la propuesta de F. W. Taylor, surgen como un saber legítimo en la medida en que se encuentran, desde sus orígenes, propuestos como técnicas y tácticas de poder que sirven a los dispositivos de organización social y, entre ellos, especialmente al sistema productivo.

Para ello, este trabajo se propone poner a funcionar el aparato crítico foucaultiano en el campo del discurso de F. W. Taylor, en tanto se recuperan las categorías elaboradas por Foucault, particularmente en la segunda parte de *Vigilar y Castigar – La Disciplina–*, como herramientas de lectura de la sociedad disciplinaria, sus formas del poder, su vinculación con el saber y, en concreto, las formas de individualización que agencian, para dar cuenta de la manera como estas categorías permiten explicar la emergencia de la organización científica del trabajo que constituye un sujeto particular en una configuración singular de la relación saber - poder³.

Sin embargo, antes de asumir esta tarea de lectura de F. W. Taylor como crítica, en el marco de la obra de Foucault, es preciso recuperar algunas consideraciones particulares a propósito de la crítica como tarea filosófica, razón por la cual en el siguiente apartado nos interesa ahondar en las condiciones y particularidades que el filósofo plantea a propósito de ésta, a la vez que en su valor dentro la labor filosófica en general.

³ La obra más importante de F. W. Taylor y que condensa su trabajo son los *Principios de la Administración Científica.*, 1911, obra en la que se centrará este estudio.

1.2. Sobre La Crítica como Tarea Filosófica

En un artículo de 1978, la crítica en Foucault aparece ligada esencialmente al problema de la gobernabilidad (*gouvernementalisation*), esto es, a una cuestión fundamental de la historia de la cultura en Occidente: el arte de gobernar los individuos. Para el autor, las formas del arte de la gobernabilidad se proponen como formas naturales en el orden social, político y ético, en cuanto sustentadas por el referente fundamental de la verdad, verdad que para Foucault se expone en una triple comprensión en términos del gobierno de los individuos. En primera instancia, verdad entendida como dogma; en segunda instancia, verdad como medida o dirección que implica un cierto modo de conocimiento particular e individualizante de los individuos. Por último, la verdad como medida o dirección que se despliega como técnica refleja que comporta reglas generales, conocimientos particulares, preceptos, métodos de examen, de confesión, de entrevista, etc. (1978/1990:37)⁴.

Así las cosas, la verdad aparece como elemento organizador del gobierno de los hombres y, a partir de ella, se multiplican los modos de su ejercicio según la proliferación de instituciones que, para Foucault, son características de las sociedades occidentales modernas, tales como la escuela, el estado, la familia, la organización productiva, etc, de acuerdo con lo que para el autor es una “[...] forma cultural general]” (1978/1990:38). Sin embargo, estas artes de gobierno, desde su aparición, no pueden dissociarse de una pregunta fundamental: ¿Cómo no ser gobernado?, lo que para el filósofo señala una primera aproximación a lo que él denomina la actitud crítica (1978/1990:38).

Esta primera acepción de crítica permite un acercamiento, entonces, a los órdenes establecidos según regímenes de la verdad, que se traducen en formas de gobierno de los hombres y donde se cuestiona fundamentalmente ¿por qué la forma de gobierno es de esa manera y no de otra?, como una suerte de “[...] arte de no ser gobernado, mas aún, el arte de no ser gobernado así y a ese precio]” (1978/1990:38).

⁴ Foucault, M. (1978) *¿Qu'est-ce que la Critique? (Critique et Aufklärung)*. En: Bulletin de la Société Française de Philosophie, Vol. 84, 1990.

En otras palabras, se trata de asumir una postura donde sea posible interrogar la verdad sobre sus efectos de poder y al poder sobre sus discursos de verdad, asumiendo lo que para Foucault sería “[...] un arte de la no servidumbre voluntaria o de la no docilidad reflexiva”] (1978/1990:39).

La noción de crítica, así planteada, sólo puede comprenderse en el ámbito de la Ilustración, dado que, para Foucault, la crítica como actitud específica de Occidente está ligada históricamente a los grandes procesos de gobernabilidad de la sociedad que ven la luz a partir del siglo XVII y que se despliegan con mayor amplitud en el siglo XVIII, según hechos históricos determinantes tales como la formación del capitalismo, la constitución del mundo burgués, la consolidación de los sistemas estatales, la fundación de la ciencia moderna con todos sus correlatos técnicos y, por último, la organización de una relación bidireccional entre el arte de ser gobernado y el no querer ser gobernado (1978/1990:46)⁵.

Foucault asume como punto de partida la crítica kantiana, en cuanto esta última se propone como proyecto reconocer los límites del conocimiento en cuanto tal, de acuerdo con la pregunta “[...] ¿hasta donde podemos saber?”] (1978/1990:41). Pero para el filósofo francés, esta tarea crítica no estará completa sino se amplía como una “[...] empresa de desometimiento en relación con juegos de poder y de la verdad, como tarea primordial, como prolegómeno a toda Ilustración presente y futura, de conocer el conocimiento.”] (1978/1990:41).

Así las cosas, la tarea crítica que propone Foucault, se encuentra enmarcada en lo que se podría llamar una política de la verdad, en cuanto de entrada el poder se encuentra ligado a formas de conocimiento y el conocimiento a formas de poder que conforman entramados que establecen regímenes de la verdad, haciendo un llamado a la filosofía a asumir como labor primordial el establecer la singularidad de dichos entramados según una tarea que el filósofo propone como histórico - filosófica (1978/1990:48). En el caso particular de esta disertación, se trata de asumir la tarea

⁵ A lo que habría de sumarse la explosión demográfica de la época, la extensión del sistema capitalista y el despliegue de tecnologías de muy diverso orden – agronómico, industrial y económico, como acontecimientos que enmarcan el objeto de análisis de este trabajo, el nuevo sujeto que es apropiado al sistema naciente en el marco de una forma particular de la sociedad: la sociedad disciplinaria.

crítica a propósito los principios que entran a regir el sistema productivo de acuerdo con los planteamientos de F. W. Taylor, según una particular relación entre las formas del poder que se despliegan en las técnicas propias de la sociedad disciplinaria y las formas del saber que en ella se instauran, en cuanto principios que se disponen como regímenes de verdad sobre el hombre que trabaja, el trabajo y el ámbito institucional de la organización productiva.

En este orden de ideas, la búsqueda filosófica habrá de acercarse a los asuntos históricos que convergen en la emergencia de singulares formas culturales, asuntos que no se consideran objeto de la historia en cuanto refieren a los sujetos y la verdad, pero que para Foucault sí son asunto de la filosofía en cuanto los sujetos y la verdad son producto del interjuego entre mecanismos de coerción diversos —conjuntos legislativos, de reglamentos, dispositivos materiales, fenómenos de autoridad, etc.— y contenidos del conocimiento que en su diversidad y heterogeneidad, igualmente, consolidan sistemas de discursos (1978/1990:48). De tal manera que la tarea crítica asuma en palabras del filósofo “[...] una búsqueda para saber cuáles son los lazos, cuáles las conexiones, que pueden existir entre los mecanismos de coerción y los elementos del conocimiento, cuáles los juegos de desplazamiento y apoyo que se desarrollan entre los unos y los otros (...) aquello que hace que tales elementos del conocimiento puedan vincularse a los efectos del poder, efectos en un cierto sistema de verdades”] (1978/1990:48).

A propósito, Foucault señala de manera determinante la importancia de considerar que la producción de conocimiento se encuentra inevitablemente ligada a formas del poder, de tal manera que es preciso renunciar a una tradición que señala que el saber sólo puede aparecer donde se hallan suspendidas las relaciones de poder (1975/1999:34). De tal forma que la tarea de la filosofía sea atender a las formas del saber y del poder, considerado el primero como los procedimientos y efectos del conocimiento que son aceptados en un momento determinado según un dominio definido; y, considerado el segundo, como la serie de mecanismos particulares, definibles y definidos, que inducen comportamientos y discursos en un orden social establecido (1978/1990:48). Así las cosas, saber y poder aparecen como categorías

de orden metodológico adecuadas a la tarea crítica que el filósofo propone, categorías que para nada corresponden a elementos extraños entre sí, sino más bien que constituyen en su entramado lo que Foucault denomina una ["(...) grilla de análisis"] (1978/1990:49).

En este caso, la pregunta apunta a establecer cómo las relaciones entre saber y poder constituyen el sistema Taylorista, el cual se asume el doble papel de agente coercitivo y productor de conocimiento, tarea que se adscribe, en cuanto primer nivel de la crítica, como asunto de lo que Foucault ha denominado la arqueología (1978/1990:49).

Sin embargo, una tarea propuesta en estos términos puede correr el riesgo de presentarse como una denuncia de los efectos del poder ligados a la constitución del saber, llegando a conclusiones tales como que las cosas no debieran ser de cierta forma o incluso se podrían ser mejor de otra. A propósito el interés de una tarea crítica no es establecer parámetros valorativos ni señalar los efectos negativos de la relación saber - poder. Más bien, la tarea crítica adquiere una positividad en cuanto se propone señalar acontecimientos que dan lugar a la emergencia de singularidades tales como la locura en el mundo occidental, la singularidad absoluta del sistema jurídico - moral que nos castiga (1978/1990:50), o, en este caso, la singularidad del hombre y trabajo que aparecen en el marco de los principios propuestos por F. W. Taylor para el aparato productivo. Razón por la cual, en cuanto trabajo crítico, esta disertación no se propone señalar las particularidades del Taylorismo en cuanto los efectos negativos que puede, o ha podido, producir, sino más bien atender a las transformaciones visibles que ha movilizadado en el sistema productivo mismo, como en sus objetos y fines⁶.

Por otra parte, en cuanto el ámbito del ejercicio histórico filosófico de la crítica, metodológicamente, se propone como un análisis "[...] en el campo de la inmanencia de singularidades puras (...) sobre las cuales se establecen rupturas,

⁶ De hecho es posible encontrar numerosos trabajos que se proponen como críticos frente a la obra de F. W. Taylor. Trabajos cuyo común denominador es el afán calificar negativamente sus consecuencias según aseveraciones que incluyen el fascismo, la maquinización de lo humano, la destitución de la integridad humana, etc. A propósito, véase: Dávila (1980), Doray (1981), Braverman (1975), Pulido (2000), entre otros.

discontinuidades, singularidades, descripciones, cuadros inmóviles, sin pretensiones explicativas o de establecer relaciones causales]" (1978/1990:50), dicha crítica renuncia a realizar explicaciones causales al considerar que no es posible determinar un origen único de dichas singularidades, establecer un valor causal a los elementos implicados o presentar estos acontecimientos como inevitables, "[...] cuando lo que hay es una red, multiplicación de relaciones, diferenciación entre relaciones, desciframiento de interacciones circulares, bajo la creencia fundamental de la existencia de procesos heterogéneos, que al hacerse explícitos hacen inteligible una singularidad en lo que ella tiene justamente de singular"] (1978/1990:51).

De tal modo que, comprendida así la crítica, nos encontramos en el segundo nivel que señala Foucault para esta tarea, el nivel genealógico, en el cual es de particular importancia restituir las condiciones de emergencia de una singularidad, a partir de múltiples elementos determinantes, considerando no los productos sino los efectos de dicha singularidad (1978/1990:51). Asunto que para esta disertación es de gran importancia, dado que se trata de rastrear, a partir de *Vigilar y Castigar*, los elementos que exponen la conformación de la sociedad disciplinaria y, en ella, los acontecimientos que van configurando una organización científica del trabajo humano. En otras palabras, se trata de señalar la estrecha relación que existe entre los mecanismos y funciones de la sociedad disciplinaria y la administración científica propuesta por F. W. Taylor, como relación que da cuenta de la forma en que el ámbito productivo del siglo XX se consolida a partir de tecnologías subsidiarias del poder disciplinario con la particularidad que ello impone.

De acuerdo con lo anterior, la crítica debe proponerse como un procedimiento flexible que hace inteligibles las singularidades y sus efectos y, para el autor, los efectos de estas singularidades establecen relaciones, formas de interacción entre los individuos y los grupos, redes de relaciones constantemente variables, que de ninguna manera aparecen como formas totalizadoras o cerradas. En este sentido, las singularidades que atañen a la labor crítica de la filosofía, suponen esquemas que atienden a la movilidad perpetua de las relaciones, esencialmente frágiles, de acuerdo con un tercer nivel de análisis que Foucault ha llamado estratégico (1978/1990:52).

Así las cosas, la función crítica que la filosofía, como práctica histórico - filosófica, debe vincularse a un cierto momento histórico particular, el cual Foucault ubica en la formación de la humanidad moderna, a través de un procedimiento de análisis que busca los estatutos de legitimidad de los modos históricos del conocimiento (1978/1990:45). Dicha legitimidad aparece enlazada a las relaciones de saber - poder y las singularidades según las cuales se disponen las interacciones entre los individuos (1978/1990:52), a partir de una lectura que hace presentarse simultáneamente tres niveles de análisis, unos a partir de los otros: arqueológico, genealógico y estratégico (1978/1990:52).

Hasta aquí se han recuperado las condiciones y particularidades de la tarea crítica propuesta por Foucault como asunto fundamental de la filosofía en relación con los lineamientos que se propone seguir esta tesis. Sin embargo, aún es pertinente interrogarse por qué el documento de referencia para la tarea crítica que se quiere asumir lo constituye *Vigilar y Castigar* y no otras obras del filósofo francés. La respuesta a esta pregunta es el objeto del siguiente apartado, en el cual se pretende hacer una lectura interesada de los elementos fundamentales que aporta Foucault en *Vigilar y Castigar* y que hacen de esta obra el documento de referencia de este trabajo.

1.3. A Propósito de *Vigilar y Castigar* y La Aparición del Poder Disciplinario

Ya, al principio de este capítulo, se había mencionado la importancia de *Vigilar y Castigar* en el marco de la obra de Foucault, señalando, especialmente, cómo su lectura no sólo permite descubrir los acontecimientos vinculados a las transformaciones en las formas del castigo y los sistemas jurídicos entre los siglos XVII y XVIII, sino cómo, entre otras lecturas posibles, esta obra es un tratado sobre la emergencia del poder disciplinario que verá la luz en la Época Clásica trayendo como consecuencia fundamental la aparición de un nuevo sujeto, según órdenes políticos,

éticos y discursivos que se disponen, de manera concreta, en lo que el autor ha llamado la sociedad disciplinaria.

El punto de partida para esta obra se establece en el momento en que Foucault propone *Vigilar y Castigar* como "(...) una historia correlativa del alma moderna y de un nuevo poder de juzgar; una genealogía del actual complejo científico - judicial en el que el poder de castigar toma su apoyo, recibe sus justificaciones y sus reglas, extiende sus efectos y disimula su exorbitante singularidad" (1975/1999:29-30); planteamiento que realiza bajo una idea fundamental: la existencia de una estrecha relación entre lo jurídico y la aparición de un conjunto de saberes que habrán de dar cuenta de lo humano.

En este sentido, el trabajo foucaultiano se propone como una genealogía de las nuevas formas del poder que se vinculan estrechamente a la invención de una versión moderna del alma, en cuanto recorrido por los acontecimientos que cambian tanto las formas en que el castigo se aplica como los objetos sobre los cuales se aplica. Tarea que, al fin y al cabo, rastrea el origen de dichas formas del poder puestas en estrecha relación con las prácticas y objetos que crean, así como las formas del saber que dan cuenta de ellos, formas que en su imbricación otorgan singularidad no sólo al ámbito jurídico en el cual se aplican, sino también al aparato social de la época.

El recorrido de Foucault es realizado teniendo como eje la nociones de cuerpo, poder y saber, como variables indiscutibles en esta historia del alma moderna. Nociones que en su interjuego y vicisitudes dan cuenta, a su vez, de lo que las ciencias sobre el hombre han llegado a ser, según transformaciones que no sólo extienden sus efectos al sistema jurídico científico, sino que también disponen la aparición de otros sistemas organizados tales como el complejo científico productivo que nos interesa en el marco de la llamada Época Clásica⁷.

Foucault marca la aparición de la sociedad disciplinaria en el seno de la Época Clásica en tanto es en este período que se instauran las transformaciones en los modos del castigo y lo jurídico que habrán de modificar radicalmente la manera misma como

⁷ De manera directa plantea Foucault este presupuesto al señalar, al final de su obra, cómo ésta "(...) debe servir de fondo histórico a diversos estudios sobre el poder de normalización y la formación del saber en la sociedad moderna". (1975/1975/1999: 314)

se conciben lo social y el hombre. A propósito, es posible comprender cómo, en la primera parte de *Vigilar y Castigar*, Foucault se dedica a presentar las formas del castigo que anteceden a la Época Clásica, los elementos que las sustentan en términos del sistema jurídico, la definición del crimen y, en fin, la forma del poder que le es propia, para luego ubicar los acontecimientos que generan profundos cambios en estos sistemas y, con ellos, la posterior aparición de una nueva forma del poder, como veremos a continuación.

1.3.1. La Transformación del Poder

Las formas del castigo, previas a la Época Clásica, centraban su poder e impacto en el ejercicio del suplicio, último eslabón en una cadena de poder directo que hacía del sistema punitivo una máquina de producción de dolor y espectáculo, que se funda en la exhibición de una relación asimétrica entre el condenado y el soberano. Estas cualidades le eran atribuidas a este sistema gracias a los muy variados mecanismos de ejecución de penas, que tenían como objeto principal el cuerpo del condenado, cuerpo que era expuesto, atormentado, denigrado y señalado públicamente como objeto directo del poder que sobre él se ejercía, poder que no era otra cosa que el poder infinito del soberano afrentado por el crimen (1975/1999:39-40).

En la ejecución pública del castigo en el cadalso, el soberano agraviado, cuya ley había sido burlada a los ojos del pueblo, se enfrentaba a aquél que había osado poner en tela de juicio la infalibilidad de su aparato político y era el cuerpo del condenado el lugar de dicha confrontación directa marcada por una necesaria evidencia del dolor físico. El poder aquí desplegado es directo, concentrado en una figura y ejercido a través de calculadas formas (1975/1999:40-41).

Sin embargo, a pesar de la fuerza evidente del suplicio, a los ojos de los ilustrados este sistema penal comenzó a verse vinculado a formas primitivas del castigo, las cuales, para la época moderna, especialmente iluminada de sabiduría y por el humanismo, comenzaron a aparecer más bien como formas deshumanizadas de castigo. En efecto, los sabios personajes del siglo XVII habrán de protestar por lo que

han llamado barbarie, que es todavía más deshumanizante en tanto no tiene en cuenta que el hombre más que un cuerpo es también el poseedor de un alma que le otorga una condición especial en la naturaleza y es su naturaleza misma (1975/1999:95-96). Pero, ésta no será la única crítica proclamada por los reformadores, sino que también se señalará la imperiosa necesidad de transformar la economía del castigo mismo, dado su exceso y extravagancia, desde la manera como se tomaban las decisiones hasta la forma como se ejecutaba.

En efecto, de igual forma, se pone en tela de juicio la efectividad del castigo en tanto el aparato judicial que le sustenta es señalado de irregular dado que se encuentra lleno de vicios y se señala como carente de efectividad al no cubrir el cuerpo social entero. Se trata, pues, de un sistema que expone su máximo despliegue en el exceso del espectáculo y de la fuerza, pero que a la vez es débil al ser objeto del capricho y los intereses particulares de jueces e, incluso, del soberano mismo (1975/1999:82-85). Así las cosas, el castigo deberá entrar en un nuevo sistema más austero, tanto en términos económicos como políticos, a la vez que afinar su efectividad y, sobre todo, adecuarse a "(...) circuitos homogéneos susceptibles de ejercerse en todas partes, de manera continua, y hasta el grano más fino del cuerpo social. (...) según unas modalidades que lo vuelvan más regular, más eficaz, más constante y mejor detallado en sus efectos, en suma, que aumente estos efectos disminuyendo su costo económico" (1975/1999:85).

Estas críticas ilustradas al sistema jurídico, que sustenta el castigo así como la manera como éste se ejerce, propician desplazamientos determinantes en la historia de Occidente, según dos movimientos interesantes, que en el tiempo harán emerger un plano social novedoso que nos interesa. En primera instancia, la introducción del alma como un referente de explicación sobre lo humano, pero un alma que habrá de tener algunas particularidades, tal como se expondrá más adelante. A la vez, una transformación radical sobre la noción del poder, que no se vinculará ya a una relación biunívoca entre el gobernante (encarnado en la figura del soberano) y el súbdito, sino que habrá de comenzar a enlazar un entramado de relaciones finas, calculadas y silenciosas difuminadas por todo el aparato social. Así las cosas, la reforma del

aparato jurídico y las formas del castigo traerá consigo la aparición y consolidación de un complejo científico jurídico, fundado en un conocimiento sobre lo humano y, en consecuencia, con formas de coacción particulares que le conforman y otorgan una singularidad.

En efecto, con la aparición de un complejo jurídico y científico que se funda sobre variaciones en las nociones de alma y de poder, se crearán códigos de muy diversa naturaleza difuminados por muy distintas esferas de lo social, considerando cualidades de lo humano estrechamente vinculadas a la idea del alma, voluntad y conciencia, que se traducen en comportamientos y hábitos, y con las cuales comienza a definirse el hombre de la época, por lo cual es preciso realizar un "(...) esfuerzo para ajustar los mecanismos de poder que enmarcan la existencia de los individuos; una adaptación y un afinamiento de los aparatos que se ocupan de su conducta cotidiana, de su identidad, de su actividad, de sus gestos aparentemente sin importancia, y los vigilan; una política distinta respecto a la multiplicidad de cuerpos y de fuerzas que constituyen la población" (1975/1999:82).

Es así como Foucault señala de qué modo la transformación en las nociones del castigo, el delito y el delincuente, hace emerger el nuevo aparato jurídico y, a la par de él, un conjunto de saberes sobre lo humano que permitan un ejercicio más efectivo de la función política. En este sentido, las formas del poder se vinculan inevitable y estratégicamente a los saberes nacientes sobre el hombre, que particularmente se esfuerzan por naturalizarlo como su objeto de estudio, logrando con ello también una naturalización del castigo y los procedimientos ético - políticos que ordenan el aparato social, saber y dominio que constituyen lo que Foucault llama la "tecnología política del cuerpo" (1975/1999:33). El impacto de esta matriz común entre esta forma del aparato jurídico y las ciencias del hombre se mantiene hasta nuestros días, aunque en la consolidación de las sociedades disciplinarias habrá de modificar y sutillar su vinculación, tal como lo veremos en el siguiente capítulo a propósito de la injerencia de estos cambios en el aparato productivo en particular.

En este orden de ideas, la introducción de la noción de alma en la práctica judicial, como producto de la transformación de las relaciones de poder sobre el

cuerpo, implica un cambio sustancial en la práctica judicial, pues de la mano del alma llegan las formas científicas de conocimiento sobre ella y con esto el origen de una nueva noción de sujeto que se presenta como sujeto objetivado, a través de una indisoluble relación cuerpo - alma. En este sentido, los discursos y ciencias del hombre se presentan en la forma de tecnologías, esto es, de saberes que disponen de mecanismos de poder / sujeción, en tanto aliadas, en primera instancia, del aparato jurídico, para posteriormente lograr su independencia y autonomía en una sociedad disciplinaria que les otorgará nuevas funciones (1975/1999:104).

A propósito, el desplazamiento de las formas de sujeción basadas en el castigo —en condiciones materiales sobre el cuerpo—, hacia formas de sujeción que apuntan más bien al alma, es un acontecimiento determinante en la aparición de este complejo científico - jurídico, donde se juega de fondo la necesaria alianza entre el saber y el poder como organizadores del aparato social. Por su parte, el sistema jurídico se mantendrá a sí mismo y desplegará según los argumentos otorgados por las ciencias del hombre —válidos científicamente y que actúan como parámetro—; mientras que, por su parte, los nacientes saberes sobre el hombre legitimarán su estudio científico en cuanto aliados del sistema de poder que las necesita (1975/1999:106-107).

Así mismo, entre las particularidades de este complejo científico jurídico se encuentra su adecuada vinculación a nueva forma del poder, consecuencia de la transformación en la economía del castigo. En efecto, el poder, comprendido como fuerza directa, concentrado en la figura del monarca, ejercido directamente sobre el cuerpo y como despliegue, se ha transformado en una fuerza efectiva, discreta, económica e invasiva que se dispersa por todos los rincones del aparato social, incluido el sistema productivo que logrará el máximo provecho de esto (1975/1999:62, 107).

Este nuevo poder no requiere del espectáculo ni el público como sus aliados. Su efectividad entra a reposar más bien en la manera como establece, ante todo, relaciones entre los sujetos, de los sujetos consigo mismos y de los sujetos con la norma, a través de la puesta en marcha de ordenamientos de carácter esencialmente

físico y que se traducen en disposiciones en el orden del espacio, el tiempo, las fuerzas y los objetos —hombres— mismos (1975/1999:107).

El sujeto, en el ámbito de este poder, no es ya más un cuerpo aislado, sino un alma materializada en un cuerpo sobre el cual deben disponerse todos los mecanismos de sujeción para lograr su efectiva integración en el aparato social, tal como lo señala Foucault al enunciar al alma "(...) [como] efecto e instrumento de una anatomía política; el alma, prisión del cuerpo" (1975/1999:36) A quien corresponde lograr el máximo de conocimiento sobre esta alma materializada es, evidentemente, a las ciencias del hombre, por lo cual no es de extrañar su búsqueda de un estatuto científico con el mismo carácter que el de las ciencias naturales.

De este modo, Foucault ha logrado rastrear cómo los cambios fundamentales en las formas del castigo y el sistema jurídico, trascienden estos ámbitos para desplegar nuevos dispositivos de poder e individualización que tienen como objeto un hombre definido en las coordenadas epistémicas y políticas que establecen sobre lo humano disposiciones de control en cuanto el cuerpo y el alma se comprenden como principios de los comportamiento que hay que enderezar, encauzar, poner a funcionar efectivamente al servicio del aparato social en general.

El ámbito productivo y, en él, particularmente, el trabajo de F. W. Taylor habrán de exponer en sus principios los regímenes científicos que ordenan el trabajo del obrero a los fines de productividad y progreso que el espíritu de la época demarcan como estándares de funcionamiento de lo humano. Es por este motivo que *Vigilar y Castigar* constituye el eje de articulación de esta reflexión crítica, por cuanto este trabajo se aproxima a la obra del Foucault, a través de la comprensión de las formas del poder como mecanismos de sujeción que se vinculan indisolublemente a las formas del saber que han visto la luz gracias, precisamente, a las transformaciones radicales de las nociones del poder y a la invención de una noción de individuo que habrá de servir como objeto. En este caso, específicamente, se tratará de dar cuenta de los principios propuestos por F. W. Taylor como legítima estrategia creadora de formas de sujeción y disposición del aparato social que se ubican esencialmente en el mundo del trabajo —ámbito de la producción, tanto económica como de

conocimiento— y que se exponen concretamente en un concepto de sujeto trabajador, tratando de delinear la singularidad que de suyo le pertenece.

2. SABERES Y TECNOLOGÍAS EN LOS PRINCIPIOS

DE F. W. TAYLOR

“(…) el máximo de prosperidad para cada empleado significa no solo salarios más altos que los que reciben comúnmente los hombres de su clase, sino también, y esto es aún de mayor importancia, el desarrollo de cada hombre a su estado de máxima eficiencia, de manera que pueda efectuar, en la forma más eficiente posible, el trabajo más apropiado a su capacidad natural, y además significa que se le elija para hacer, siempre que sea posible, esta clase de trabajo”⁸.

Los estudios científicos sobre el trabajo y la producción, encuentran en el ingeniero F. W. Taylor (1856-1915) a su pionero y gestor. Su trabajo es el producto de treinta años de investigación en distintas compañías de producción industrial, en el marco del movimiento progresista americano que se desarrolló entre los años 1880 y 1920, período en el cual alcanza sus máximos logros: la publicación de sus *Principios de la Administración Científica* (1911) y posterior creación, en el mismo año, de la Sociedad Taylorista que reunió sus seguidores a lo largo del mundo.

Su sistema se propone como un estudio sistemático sobre las mejores condiciones posibles para el trabajo y el aumento de la productividad en los obreros, combatiendo una serie de problemas que incluyen el mal aprovechamiento de la fuerza de trabajo humana y de las máquinas, la lentitud de los obreros por condiciones propias tales como la pereza y la simulación en el trabajo, así como la necesidad de armonizar las relaciones entre patrones y trabajadores, problemas que señala F. W. Taylor como derivados del uso de métodos empíricos que es preciso abolir. La condición científica de su tarea se encuentra sustentada en la idea de “(…) recopilar los métodos de trabajo tradicionales empleados por los obreros, clasificarlos, tabularlos y deducir de ellos reglas, leyes y fórmulas que guiarán en lo sucesivo a los obreros en su tarea diaria” (1911/1973:29).

⁸ Taylor, F. W. *Principios de la Administración Científica*. Editorial Ateneo: Buenos Aires, 1911/1973. Pág. 11.

Los resultados de sus estudios se presentan en la forma de principios de administración que orientan el trabajo y que son señalados por F. W. Taylor como "(...) nuevos deberes que pueden ser clasificados en cuatro grupos:

Primero: Desarrolla, para cada elemento del trabajo del obrero, una ciencia que reemplaza los antiguos métodos empíricos.

Segundo: Selecciona científicamente y luego instruye, enseña y forma al obrero, mientras que en el pasado éste elegía su oficio y se instruía a sí mismo de la mejor manera, de acuerdo con sus propias posibilidades.

Tercero: Coopera cordialmente con los obreros para que todo el trabajo sea hecho de acuerdo con los principios científicos que se aplican.

Cuatro: Distribuye equitativamente el trabajo y la responsabilidad entre la administración y los obreros." (1911/1973:29).

De tal forma que el esfuerzo de su obra es fundamentar, legitimar y validar científica y prácticamente los resultados de su investigación, traducidos en principios que regirán el ordenamiento del trabajo. En este sentido, el objetivo de este capítulo es llevar a cabo una lectura cuidadosa de las particularidades del poder disciplinario y las disposiciones microfísicas que este nuevo poder dispone, según Foucault, como categorías de análisis que se aproximan a los planteamientos fundamentales del trabajo de F. W. Taylor. Para lograr este objetivo, se recorrerán cada una de las características definidas para el poder disciplinario y sus efectos en el aparato social, según un recorrido que paralelamente recoge apartes de la obra de F. W. Taylor y propone una lectura de las formas del trabajo que de él se derivan.

Se espera lograr en este recorrido un panorama particular de las transformaciones en las nociones de sujeto, trabajo y producción, que son agenciadas en el marco del estudio Taylorista, según disposiciones microfísicas y disciplinares hechas concretas en el mundo productivo.

2.1. Microfísica del Orden del Trabajo en F. W. Taylor

Las transformaciones en el aparato jurídico, señaladas a propósito de los cambios en la mecánica y economía del castigo, se traducen, como ya se ha dicho, en giros determinantes. Pero, tal vez, el punto de quiebre más importante se encuentre, efectivamente, en la transformación radical del cuerpo social.

En efecto, el poder transformado habrá de buscar los mecanismos finos y calculados de sometimiento que se requieren, una vez abandonados los principios de comunidad y orden premodernos e impuestos los estatutos individualistas y estatales que la Época Clásica funda, de acuerdo con lo que Foucault denomina "(...) la inversión del eje político de la individualización" (1975/1999:197), cuya estructura política es posible a través de variaciones en la escala, intensidad, técnicas y funciones del poder mismo, variaciones que tienen como fundamento el "(...) descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco del poder" (1975/1999:140). Procesos que abordaremos a continuación, considerando particularmente sus implicaciones para el aparato productivo.

2.1.1. El Cuerpo Como Objeto de la Disciplina

El descubrimiento de una nueva noción del cuerpo constituye uno de los elementos determinantes en el modo como el nuevo poder se habrá de desplegar, noción que emerge según el cuerpo se explica a través de dos órdenes o registros distintos pero complementarios: anatomo - metafísico y técnico - político (1975/1999:140). En primera instancia, el registro anatomo - metafísico hace referencia a la necesidad de conocer, explicar y determinar la naturaleza del cuerpo, trabajo que, según Foucault, es iniciado por Descartes y continuado por médicos y filósofos (1975/1999:140). Se trata, pues, de establecer el funcionamiento del

cuerpo, en cuanto objeto de saber que permite determinar la forma cómo éste puede ser aprovechado.

En segunda instancia, el registro técnico - político, finca su valor en la idea del cuerpo como blanco del poder, idea que se traduce en todos los procedimientos dirigidos a su manipulación, sacando de él el máximo de provecho posible a través de un ordenamiento que lo ubica, igualmente, en el lugar de objeto.

La idea de una explicación sobre el cuerpo que considere estos dos registros es de vital importancia, dado que simultáneamente aparece la condición corporal del hombre como objeto de análisis y objeto de control, como asunto del saber y del poder. Pero, en este caso, como unidad de conocimiento sobre la manera en la cual es posible hacerlo más útil a la vez que lograr de él un mayor ajuste al sistema social. En otras palabras, la condición corporal del hombre lo ubica como máquina de producción, de fuerza, de resistencia, pero sobre todo como materia disponible a las vicisitudes de los mecanismos que sobre él se fundan.

A través de esta concepción de hombre máquina, recuperada por Foucault de La Mettrie, se evidencia una vez más la "(...) reducción materialista del alma" (1975/1999:140), y con ello la posibilidad de que el conocimiento que se desarrolle sobre lo humano tenga como punto de partida su condición material y en ella se articulen todas las técnicas que apuntan a su control.

Dada esta transformación en la noción del cuerpo, es posible comprender cómo el poder se reforma en su despliegue, de acuerdo con tres variaciones estratégicas: el cambio en la escala del control, la variación tanto en el objeto como en la modalidad en que actúa. Con respecto a la primera, la escala del control, el cuerpo, como objeto y fuerza, es susceptible de ser descompuesto en partes funcionales, que deben especializarse para el desempeño más adecuado de una tarea. Se trata de lograr un cuerpo máquina, compuesto de mecanismos que puedan ser objeto del control y manipulación específica, visibles a través de movimientos calculados, gestos precisos, actitudes concretas y agilidades automatizadas (1975/1999:140).

El segundo cambio se hará en términos del objeto mismo del control, en cuanto ya no se trata de disponer del cuerpo en general, sino de partes afinadas por lo cual se espera que, mecánicamente, el cuerpo responda a su funcionalidad de manera eficiente y controlada, para ello cada una de sus partes debe ser sometida a procedimientos por medio de los cuales alcance su nivel óptimo de desempeño, tales como el ejercicio (1975/1999:141).

El modo en que este poder ejercerá su coerción, corresponde a la tercera gran transformación, dado que se valdrá de elementos que realizan un control constante sobre los procesos y las acciones específicas del cuerpo, a través de restricciones en el orden del tiempo, los espacios y los movimientos. Se trata de lograr un seguimiento y vigilancia constantes que, más que ocuparse de los resultados de las maniobras, se preocupa, fundamentalmente, por las pautas de acción mismas (1975/1999:141).

Las transformaciones estratégicas del poder, son ilustradas por el trabajo de F. W. Taylor a través de los resultados de su investigación sobre cómo hacer más productivo el trabajo de los obreros, según principios que aplicó a cargadores de hierro, hombres que paleaban carbón, albañiles y cortadores de metales, entre otros⁹:

“(…) Entre las diversas investigaciones emprendidas en esa época, una consistió en hallar alguna regla o ley que permitiera a un capataz conocer por adelantado la cantidad de trabajo continuo que era capaz de efectuar en un día un obrero competente en su especialidad, es decir, estudiar la fatiga provocada por un trabajo regular sobre un obrero de primera clase. Nuestra primera medida fue la de emplear un egresado de un colegio superior para conocer todo lo que se había escrito sobre el tema en inglés, alemán y francés. Se habían hecho dos clases de experiencias: unas efectuadas por fisiólogos, que habían estudiado la resistencia del ser humano, y otras realizadas por ingenieros, que habían tratado de determinar por cuántos caballos de fuerza estaba representada la fuerza del hombre. Estos experimentos habían sido hechos en su mayor parte sobre hombres que levantaban cargas haciendo girar la manivela de un montacargas del cual pendían pesos en diversas formas: Corriendo, caminando, etc., sin embargo, los datos de estas investigaciones eran tan escasos que no podía deducirse de ellos ninguna ley que tuviera algún valor. Por lo tanto, iniciamos una serie de experimentos propios.

(…) B. Gilbreth, miembro de nuestra sociedad, que había estudiado en su juventud la construcción a base de ladrillos, llegó a interesarse en los principios de la

⁹ Es importante advertir al lector que las citas que se recogen del documento *Principios de Administración Científica* de F. W. Taylor, pueden ser bastante extensas, pero han sido recuperadas de ese modo dada su importancia y la manera como ilustran de manera adecuada la lectura que se propone realizar.

administración científica y decidió aplicarlos a este oficio. Efectuó un análisis y estudio sumamente interesante de cada movimiento del albañil; eliminó uno tras otro los movimientos innecesarios y reemplazó los lentos por otros rápidos. Realizó experimentos con todas las causas de lentitud que de alguna manera afectan la rapidez y el cansancio del albañil.

Determinó la posición exacta que cada uno de los pies del obrero debe ocupar con respecto a la pared, al balde con la mezcla y a la pila de ladrillos, y evitarle así tener que dar un paso o dos hacia la pila de ladrillos y volver nuevamente cada vez que coloca el ladrillo.

Estudió la altura más conveniente para el balde de mezcla y la pila de ladrillos, y luego diseñó un andamio con un banco sobre el cual se colocan todos los materiales, de manera que los ladrillos, la mezcla, el obrero y la pared tengan las posiciones relativas apropiadas.

(...) Como resultado de un estudio complementario se tomaron las siguientes disposiciones: después que los ladrillos son descargados, y antes de entregarlos al albañil, son cuidadosamente ordenados por un obrero y colocados con su mejor borde hacia arriba sobre un armazón simple de madera, construido de manera tal que permita al albañil tomar cada ladrillo en el tiempo más rápido y en la posición más ventajosa. De esta manera, aquél evita tener que invertir el ladrillo o hacerlo girar de extremo a extremo para examinarlo antes de colocarlo, y ahorra también el tiempo necesario para decidir cuál es el mejor borde o mejor extremo para colocar en la parte externa de la pared. En la mayoría de los casos, ahorra también el tiempo necesario para sacar el ladrillo de una pila desordenada colocada sobre el andamio.

(...) Por medio de este estudio minucioso de los movimientos del albañil para colocar los ladrillos en las mejores condiciones, Gilbreth redujo los movimientos de dieciocho por ladrillo a cinco, y, en un caso, a sólo dos movimientos por ladrillo. (1911/1973: 40, 56-57)

El obrero, para F. W. Taylor, es un individuo con muy poco conocimiento sobre la forma de hacer efectivo su trabajo, pero además es hombre cuya naturaleza lo hace proclive a la holgazanería y al engaño —al pretender fingir trabajar—. Dadas estas condiciones, la administración científica se propone como conocimiento efectivo sobre la naturaleza del obrero, en cuanto máquina de trabajo, que logra no sólo indicarle a éste cómo ser más productivo, sino que también evita su tendencia a la pereza al proveerle un plan de trabajo que administra adecuadamente su tiempo y sus fuerzas.

A propósito de lo anterior, específicamente, la cita ilustra algunos alcances de la investigación de F. W. Taylor y que se vinculan a los dos registros señalados por Foucault respecto a la nueva disposición del cuerpo. En el registro anatómico - metafísico, de acuerdo con un estudio fisiológico de la fuerza posible del obrero, según un equilibrio entre la dinámica del trabajo y la fatiga, de tal manera que pudiera regularse adecuadamente el esfuerzo del obrero para lograr un ejercicio

regulado en el tiempo de su fuerza, lo que redundará, a su vez, en un trabajo realmente efectivo.

Del mismo modo, la cita de F. W. Taylor nos muestra la transformación del poder ejercido sobre los obreros, en el marco de los principios administrativos que se han definido gracias al nuevo conocimiento sobre el hombre que trabaja y las características de su trabajo, permitiéndonos ver en ejercicio las tres transformaciones estratégicas del poder.

En primera instancia, en cuanto al cambio en la escala del control, las investigaciones de F. W. Taylor descomponen el cuerpo del obrero de acuerdo con las específicas habilidades que debe manejar según la tarea que cumpla, disponiendo posturas, movimientos e incluso el diseño de herramientas que logren del obrero su máximo provecho, específicamente al reducir los movimientos innecesarios y superfluos. Del mismo modo, es evidente que los estudios de tiempos y movimientos disponen sobre el obrero un control minúsculo cuyo fin último es establecer las condiciones óptimas de trabajo y rendimiento, las cuales, traducidas en leyes científicas, estipularán normativas generales de administración que se fundan en la individualización de los parámetros en los cuales el trabajo debe realizarse y que a la vez funcionan como máximas de orden y regulación en términos de la producción en general.

En este sentido, las restricciones sobre el cuerpo del obrero, traducidas en parámetros de funcionamiento y trabajo, a la vez que servir de orientaciones prácticas en el trabajo efectivo se convierten en parámetros de medida de producción del obrero mismo, disponiendo un sistema de vigilancia que para F. W. Taylor es simultáneamente responsabilidad del obrero y del administrador —llámese jefe de taller, capataz, etc.—, según lo que este autor denominó una administración cooperativa donde "(...) el obrero que en el sistema de administración científica coopera con sus instructores, tiene para perfeccionarse una oportunidad por lo menos tan buena, y generalmente mejor, que la que tenía cuando todo el problema se dejaba en sus manos y efectuaba su trabajo sin ninguna ayuda" (1911/1973:90).

En lo productivo, entonces, F. W. Taylor logra establecer a través de un nuevo conocimiento sobre el obrero, su cuerpo y el trabajo que realiza, las condiciones de control y coerción que lo harán más productivo, atendiendo a la máxima de la individualización como un parámetro de su nueva administración, pues en la medida en que se trabaje sobre un individuo a la vez se logrará un máximo de rendimiento posible: “(...) al tratar con los obreros bajo este tipo de administración, es una regla inflexible la de hablar y tratar con uno solo por vez, puesto que cada obrero tiene sus propias capacidades y restricciones especiales, y como no estamos tratando con obreros en masa, sino que tratamos de llevarlos individualmente a su mas alto rendimiento y prosperidad” (1911/1973:33).

En este sentido, se logra establecer un cauce útil para las fuerzas del cuerpo, hacer efectivos sus movimientos y hacerlo rendir a través de la especialización de sus partes, logrando de él no sólo una docilidad que se traduce en su maleabilidad sino también una ganancia en la economía de sus procesos. Lo cual nos pone en una economía del poder que habrá de encontrar un despliegue conveniente y donde Foucault encuentra efectivamente las disciplinas comprendidas como “(...) métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad - utilidad (...)” (1975/1999:141).

Así las cosas, la disciplina puede entenderse, en esta primera acepción, como el conjunto de procedimientos que hacen del cuerpo un mecanismo preciso, efectivo, calibrado, coordinado de relaciones de fuerzas y de partes, que pueden ponerse al servicio de diversos ámbitos de lo social y, según nuestro interés, del sistema productivo en particular.

Sin embargo, esto no quiere decir que la disciplina no hubiese existido antes de esta función política que se le otorga. Más bien, en este marco, es posible comprender cómo dicha disciplina, que habitualmente había sido puesta en funcionamiento en los espacios religioso, militar y de los talleres, puede extenderse a diversos ámbitos como una “(...) fórmula general de dominación” (1975/1999:141), que habrá de lograr un funcionamiento más efectivo según la nueva mecánica del poder que se funda, a su

vez, en una relación con saberes específicos sobre lo humano que buscan un máximo de ajuste del individuo a los sistemas sociales a través de disposiciones particulares de su corporalidad.

Pero este nuevo poder no sólo aumenta su efectividad al transformar la escala en la cual se aplica. También lo logra gracias a la introducción de una noción económica en su proceder, actuando básicamente bajo dos principios. El primer principio se podría formular en una proporción que correlaciona mayor utilidad y mayor docilidad, como principio físico de distribución de fuerzas que suponen que al hacer un cuerpo más productivo, al mismo tiempo lo está haciendo más subordinado a las formas del control, traducidas ambas cosas en un aumento en la aptitud y la dominación¹⁰.

Sin embargo, al hablar de un aumento del control surge la idea de un creciente costo en la aplicación del poder, lo que no lo haría especialmente efectivo, pero es precisamente ahí donde encaja su segundo principio económico, pues se trata de hacer al poder lo más económico posible, es decir, que una aplicación mínima de su ejercicio logre en máximo de rendimiento. Para ello, la disciplina se valdrá de un conjunto de procedimientos, técnicas y funciones según las cuales se reticulan el espacio, los tiempos y los movimientos, haciendo que el poder funcione de una manera relacional que se encarga de ejercer el control por sí misma y que requiere de mínimas condiciones para su ejercicio.

En este sentido, en la cita de F. W. Taylor es posible ver como se pone en acción una forma disciplinaria, dado que a través de un conocimiento del cuerpo del obrero y las condiciones en que efectúa su trabajo se establecen un conjunto de parámetros que logran una mayor utilidad según una docilidad que lo acomoda en condiciones óptimas de rendimiento. Del mismo modo, esta docilidad es producto de la manera como la ciencia administrativa ha encontrado que el buen obrero es aquel que puede hacer su trabajo siguiendo los principios de una acción regulada, de

¹⁰ "La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia)". Foucault, M. (1975) *Vigilar y Castigar*. México: Siglo XXI Editores, 1975/1999. Pág. 142.

acuerdo con condiciones espacio temporales y en la medida misma de la fuerza que aplica. (1911/1973:57)

Hasta aquí es posible advertir cómo el poder ha variado sus objetos, escalas e intensidades, al valerse de la disciplina como técnica de control puntual sobre el cuerpo y, con ella, de los muy diversos procedimientos minúsculos, recatados, silenciosos y certeros, que pondrán en marcha un aparato de control fundado en prácticas de orden estrictamente topológico y físico para su ejercicio.

A partir de esta interpretación del poder, expresado en el control de lo minúsculo y según una noción del cuerpo objetivado, nos adentramos en una de las nociones fundamentales del trabajo de Foucault, la microfísica, que refiere a la manera como el poder se ejerce de manera efectiva y regulada a través de procedimientos eficaces que se introducen en los mas ínfimos espacios de lo social en formas de individuación que pasan por el espacio, el tiempo, los objetos —o cuerpos— y las fuerzas que los componen (1975/1999:144-145).

En este sentido, es posible comprender esta microfísica como el mecanismo del cual se vale el poder para, a través de la disciplina como “(...) arte de las distribuciones” (1975/1999:145), establecer parámetros de individualización, esto es la disciplina como una fábrica de individuos. Aspecto que, señala Foucault, como el dispositivo por medio del cual “(...) sin duda, ha nacido el hombre el humanismo moderno” (1975/1999:145).

2.1.2. El Espacio Reticulado

En efecto, la disciplina ha puesto en marcha una serie de procedimientos de conocimiento y disposición del hombre, a través de su individuación como objeto tanto de saber como de poder. Este individuo se expone en condiciones estrictamente materiales que se enmarcan en su condición corporal, donde es importante no perder de vista que la corporalidad aparece como una condición vinculada a un alma que se arregla a una materialidad visible, manipulable, controlable y según la cual el nuevo

hombre moderno entra a ser regido por dicha disciplina, que no es otra cosa que una técnica de ordenamiento político que establece como variable de funcionamiento el cuidado de los detalles en diversas dimensiones, cuidado evidente, para Foucault, en las disposiciones de la disciplina en tanto procedimiento de distribución y reglamentación en el orden del espacio, el tiempo y el empleo de fuerzas.

En el orden del espacio, Foucault señala de qué modo la disciplina establece procedimientos de ubicación espacial cuyo fin último es el control efectivo sobre los cuerpos, de acuerdo con el establecimiento de mecanismos de clausura, individualización a través de la descomposición del cuerpo en segmentos útiles y partes calibradas, ubicación de cuerpos en lugares específicos y el orden de espacios jerárquicamente distribuidos.

A. La primera de estas condiciones disciplinarias sobre el espacio, la clausura, establece el espacio como un lugar cerrado sobre sí mismo y sobre las particularidades que de suyo le corresponden de acuerdo con su funcionalidad (1975/1999:145). Así las cosas, el espacio escolar, del taller, del ejército, etc. serán distintos entre sí en cuanto cada uno de ellos se proyecta arquitectónica y funcionalmente según la enseñanza, la producción o la instrucción militar que les corresponde dada su función institucional. A propósito, señala Foucault, las particularidades que habrán de disponer el espacio del taller en la medida en que se cierra sobre sí como una fortaleza y "(...) trata, en la medida que se concentran las fuerzas de producción, de obtener de ellas el máximo de ventajas y de neutralizar sus inconvenientes (...) de proteger los materiales y útiles y de dominar las fuerzas de trabajo" (1975/1999:146), dándonos la idea de que más que de taller habría aquí que hablar de empresa como entidad física en la que se dan todas las condiciones posibles para la organización de la producción económica.

B. Más allá de la clausura es preciso establecer condiciones que reticulen el espacio de una manera más apropiada a la ubicación específica del individuo. No se trata ya sólo de un espacio amplio de concentración según una funcionalidad, sino también de un espacio analíticamente dividido, segmentado, de acuerdo con las necesidades del ámbito institucional que se trate. Así las cosas, "(...) el espacio

disciplinario tiende a dividirse en tantas parcelas como cuerpos o elementos que repartir hay” (1975/1999:146). El obrero se ubicará en el lugar que corresponde a su función, pero también en el sitio donde puede ser localizado, vigilado, seguido por el capataz o el jefe del taller, a lo que agregará F. W. Taylor una función importante al establecer los circuitos adecuados, en el orden espacial, que el obrero está obligado a recorrer (1911/1973:84).

C. Por su parte, los cuerpos debidamente ubicados lograrán un mejor aprovechamiento del espacio en cuanto más delimitadas estén las funciones o tareas a realizarse en un lugar específico, según lo que Foucault denomina “(...) los emplazamientos funcionales” (1975/1999:147). Así las cosas, el individuo se ubica en una coordenada fijada en un proceso más amplio, circuito de producción, de aprendizaje o de instrucción, donde no sólo responde con la tarea asignada sino que al tiempo es objeto del control de su efectividad y rendimiento.

D. El resultado de la ubicación en el espacio no estará vinculado únicamente, entonces, con la asignación de un lugar específico y concreto de trabajo, sino que también refiere a una disposición jerárquica de los individuos basada en las diferencias interindividuales que consideran muy diversos aspectos tales como la productividad, la dedicación a la tarea, la antigüedad del obrero, etc. Siguiendo a Foucault, y de acuerdo con la cita de F. W. Taylor, más bien lo que se encuentra aquí es que la disciplina establece un rango, comprendido como “(...) el lugar que se ocupa en una clasificación, el punto donde se cruzan una línea y una columna, el intervalo en una serie de intervalos que se pueden recorrer unos después de otros” (1975/1999:149).

Específicamente, en términos de lo productivo, se podría plantear que es aquí donde la división del trabajo encuentra su justificación política, dado que no se trata sólo de ubicar a cada obrero en el lugar de su función especializada sino también de hacerlo más dispuesto al dominio en la cadena productiva en su conjunto según parámetros de rendimiento, beneficio, provecho y utilidad. A propósito, F. W. Taylor explica cómo en sus estudios sobre los paleadores, se encontró con la necesidad de

establecer circuitos de movimientos, ubicando lugares específicos y tareas a cumplir, dando un orden particular al trabajo de estos obreros:

“(…) En esa época había cerca de seiscientos paleadores asimilados a esta clase de trabajo en la playa de la Bethlehem Steel Company. Estos obreros se hallaban diseminados en una playa que medía aproximadamente dos millas de largo por media de ancho. Para dar a cada obrero las herramientas y las instrucciones apropiadas al trabajo que debía efectuar, fue necesario establecer un nuevo sistema para dirigir a los obreros en lugar del viejo procedimiento de manejarlos en grupos grandes o cuadrillas, por unos pocos capataces. A medida que cada obrero llegaba a la fábrica, sacaba de su propio casillero, con su número en la parte exterior, dos fichas en una de las cuales se indicaban las herramientas de debía sacar del depósito y el lugar donde debía comenzar a trabajar, y en la segunda se daba un resumen de su trabajo del día anterior, es decir: el trabajo realizado, el salario ganado, etc.

Muchos de estos obreros eran extranjeros y no sabían leer ni escribir, pero todos conocían a primera vista el contenido de la ficha, porque las de color amarillo indicaban al obrero que no había logrado efectuar su tarea completa del día anterior y le informaban que no había ganado 1,85 US por día. Como todos sabían que solamente a los obreros muy capaces se les permitía continuar permanentemente en esa cuadrilla, esto era una advertencia de que al día siguiente debía ganar su salario completo. De manera tal que cuanto los obreros recibían fichas blancas sabían que todo marchaba bien, y cuando recibían fichas amarillas comprendían que debían mejorar o de lo contrario se les cambiaría el trabajo.” (1911/1973:50)

En este sentido es posible comprender por qué interesa tanto a F. W. Taylor establecer un circuito de movimiento y una ubicación específica en el trabajo, dado que el espacio distribuido jerárquicamente es también el lugar apropiado para el ejercicio administrativo en tanto permite establecer escalas, medidas y procedimientos de control apropiados. Sin embargo, más allá de esta funcionalidad afinada en términos del espacio, el establecimiento de rangos apunta, a su vez, al establecimiento de “(…) sistemas de relaciones” (1975/1999:149) de los individuos con la tarea, de los individuos entre sí y con las figuras de autoridad, logrando con ello una mayor economía del poder, tal como se había mencionado previamente.

De acuerdo con estas cuatro particularidades referidas a la distribución disciplinaria del espacio —clausura, espacio analítico, emplazamientos funcionales y definición de rangos—, Foucault se acerca a la delimitación de la primera de las grandes operaciones de la disciplina cual es “(…) la constitución de cuadros vivos que transforman las multitudes confusas, inútiles o peligrosas, en multiplicidades ordenadas” (1975/1999:152), tarea tanto más importante por cuanto forma un

estrecho vínculo entre la disciplina y el dominio científico, al establecer a través de clasificaciones, homogenización de lo heterogéneo o de los cuadros mismos, una tecnología científica.

Así las cosas, una distribución concreta y material de los cuerpos en el espacio es el antecedente de una serie de organizaciones y distribuciones de lo humano que, según la creación de cuadros de todo orden, habrán de respaldar técnicas de poder y formas de saber, de tal manera que el poder que había ido a lo individual, logrando su caracterización y ubicación específica, ha logrado simultáneamente un mecanismo de control generalizado que Foucault entiende como una "(...) táctica disciplinaria que se sitúa sobre el eje que une lo singular con lo múltiple. Permite a la vez la caracterización del individuo como individuo, y la ordenación de una multiplicidad dada. Es la condición primera para el control y el uso de un conjunto de elementos distintos: la base para una microfísica de un poder que se podría llamar 'celular'" (1975/1999:153).

2.1.3. La Disciplina y la Cronología

"(...) Sin embargo, por cada individuo a quien se le hace trabajar con exceso, hay cientos que intencionadamente trabajan día a día menos de lo que deben, - mucho menos de lo que deben - y que por esta razón ayudan deliberadamente a establecer condiciones que a la larga traerán como resultado salarios bajos. Y no obstante, apenas alguna vez se eleva en un intento de corregir este mal. (...) En nuestro carácter de ingenieros y administradores, estamos más íntimamente interiorizados de estos hechos que cualquier otro, y nos encontramos, por lo tanto, mejor capacitados para combatir esta idea sofística, mediante la educación no sólo del obrero, sino de todos los ciudadanos".¹¹

Los efectos de la disciplina no sólo se evidencian en un ordenamiento minucioso de la espacialidad, sino también en la disposición de regulaciones en el orden del tiempo, de modo que las acciones corporales deben obedecer a regímenes que combinan la eficacia con la eficiencia, de acuerdo con un conjunto de características

¹¹ F. W. Taylor, F. W. *Principios de la Administración Científica*. Buenos Aires: Editorial Ateneo, 1911/1973. Pág. 17.

que Foucault señala como condiciones para el control de la actividad y que abordaremos a continuación.

A. El Tiempo Adecuadamente Utilizado. La primera regla que ejerce un control sobre las acciones en el tiempo se rige por la idea según la cual es preciso establecer ritmos, obligar a ocupaciones determinadas y regular ciclos de repetición (1975/1999:153), de acuerdo con parámetros que apuntan específicamente a un uso adecuado del tiempo. En este sentido, nos muestra Foucault, cómo las comunidades religiosas fueron las primeras en disponer de modelos que regulación que luego fueron expandidos a diversos ámbitos, incluido el mundo productivo: "(...) El rigor del tiempo industrial ha conservado durante siglos un ritmo religioso; en el XVII el reglamento de las grandes manufacturas precisaba los ejercicios que debían escandir el trabajo (...)” (1975/1999:153).

Como consecuencia de esto, se consolidará una idea del tiempo como recurso que, en el mismo nivel del cuerpo del obrero, su fuerza o las herramientas, debe ser aprovechado al máximo y del cual depende el ritmo productivo, de manera tal que es preciso establecer sobre su uso mecanismos específicos de control. Del mismo modo, Foucault encuentra allí implicaciones en la definición misma del salario, de los procesos y los procedimientos, elementos propios del sistema productivo, al señalar cómo "(...) La extensión progresiva del salariado [sic.] lleva aparejada por su parte una división ceñida del tiempo. (...) Pero se busca también asegurar la calidad del tiempo empleado: control ininterrumpido, presión de los vigilantes, supresión de todo cuanto puede turbar y distraer, se trata de construir un tiempo íntegramente útil” (1975/1999:154).

La disciplina se vale, entonces, del control del tiempo como un mecanismo de injerencia sobre muy diversos aspectos tales como la medida de la actividad, la asignación de una correlación entre uso y valor del tiempo, pero sobre todo establece parámetros para el aprovechamiento del mismo traducido en tablas, cuadros, jerarquías y, en el ámbito productivo, en salarios y medidas económicas.

B. Correlación Tiempo - Acción. No basta la disposición adecuada del cuerpo y el encauzamiento de sus fuerzas, es necesario también que el cuerpo rijas sus

movimientos de acuerdo con tiempos determinados para ello. Los movimientos deben realizarse, entonces, de acuerdo a precisiones ajustadas a temporalidades que ordenan la dinámica y mecánica corporal, según lo que Foucault denomina esquemas anatomo - cronológicos del comportamiento (1975/1999:156).

Así mismo, ya se había señalado cómo el nuevo poder disciplinario ha transformado la escala en que se aplica, condicionando no sólo los espacios de circulación y ubicación de los cuerpos en él, así como de cada una de las partes segmentadas de la corporalidad afinadas conforme a su especialización, a lo que se suma ahora, bajo esta regulación temporal, la coordinación de gestos y movimientos según parámetros temporales adecuados a órdenes de sucesión que se encuentran prescritos (1975/1999:156).

C. La Acción Precisa. Para lograr un uso adecuado del tiempo, el cuerpo debe disponerse según coordinaciones de movimientos y gestos que reduzcan al mínimo las interferencias en una acción efectiva. No sólo se trata de calibrar la corporalidad a una secuencia temporal, sino de encontrar la fórmula acertada en la "(...) mejor relación entre un gesto y la actitud global del cuerpo, que es su condición de eficacia y rapidez" (1975/1999:156). Así las cosas, el cuerpo disciplinado no es otro que aquel que ha establecido una medida proporcional entre el gesto o movimiento preciso y el mejor tiempo posible de ejecución, haciéndolo una máquina ajustada a las exigencias. Evidentemente, el ejercicio va a cumplir un importante papel aquí, pues logrará, a través de una temporalidad marcada por ciclos y ritmos, el desarrollo de una rutina perfecta de comportamiento útil en muy diversos ámbitos del aparato social.

D. La Articulación Cuerpo - Objeto. El cuerpo objetivado y manipulable debe, a su vez, poder acoplarse a los instrumentos u objetos que hacen más efectiva su acción. Se trata, entonces, de lograr un ajuste perfecto entre el gesto o el movimiento y el objeto, ya sea herramienta de trabajo, máquina, arma, etc., de acuerdo con una coordinación que hace encajar cuerpos y objetos en series productivas, pedagógicas, militares, etc.

Una lectura posible de esta relación cuerpo - objeto, debe considerar las condiciones dinámicas que intervienen, dado que el cuerpo es fuerza que pone en marcha o hace funcionar herramientas o instrumentos, pero al mismo tiempo es preciso tener en cuenta las condiciones mecánicas, en tanto el cuerpo –segmentado, incluso– entra a conformar un engranaje de objetos –cuerpos y herramientas– según movimientos y desplazamientos articulados.

Sin embargo, más allá de esto, lo que interesa señalar a Foucault es el modo como “(...) el poder viene a deslizarse sobre toda la superficie de contacto entre el cuerpo y el objeto que manipula; los amarra el uno al otro” (1975/1999:157), estableciendo una correlación asimétrica entre la efectividad y eficiencia: a mayor ajuste cuerpo - objeto, menor tiempo de ejecución de la tarea.

E. El Mejor Provecho del Tiempo. Ya se había mencionado cómo en el nuevo ordenamiento del tiempo éste era visto como un recurso al cual se trata de sacar el mejor provecho posible. Sin embargo, más allá de esto, la disciplina habrá de transformar la noción misma del tiempo, dado que éste estaba siendo definido según parámetros negativos, como algo que se puede gastar, despilfarrar o derrochar. En su nueva acepción, el tiempo se comprenderá de acuerdo con una noción positiva que procura su economía ajustada a planes de mejor utilidad, siempre creciente.

Según las cinco condiciones previamente definidas, no basta con hacer un uso adecuado del tiempo, sino que es menester de la disciplina lograr que existan cada vez más momentos útiles, momentos de los cuales se logre el máximo provecho. El resultado de esta comprensión del tiempo se traducirá en el establecimiento de parámetros de comportamientos y tareas ajustados a fraccionamientos temporales, que hasta en el más mínimo detalle regulan acciones y productos, en una tendencia hacia un punto ideal en el que el máximo de rapidez va a unirse con el máximo de eficacia (1975/1999:158).

A propósito de la manera como se establece una cronología disciplinaria para la acción humana, Foucault señala cómo es el ámbito productivo el que logrará un máximo provecho de esta disposición temporal, al señalar que el poder disciplinario “(...) tiene menos una función de extracción que de síntesis, menos de extorsión del

producto que de vínculo coercitivo con el aparato de producción” (1975/1999:157), asunto que en el ámbito de la administración que F. W. Taylor se propone fundamentar, adquiere nuevos valores y sentidos al tratarlo como un asunto de orden estrictamente científico. A continuación se extraerán algunos apartes de la obra de F. W. Taylor que señalan precisamente este punto:

“(…) Como los obreros de todos los oficios han aprendido los detalles de su trabajo por la observación de los obreros ya formados que los rodean, existen muchas maneras distintas de hacer la misma cosa, tal vez cuarenta, cincuenta o cien formas de hacer la misma tarea en el mismo oficio, y, por igual razón hay una gran variedad en los implementos usados para cada clase de trabajo. Ahora bien: entre los diversos métodos y herramientas usados en cada tarea, existen siempre un método y una herramienta más rápidos y mejores que los demás. Y este mejor método y esa mejor herramienta solo pueden ser descubiertos o perfeccionados a través de un estudio y análisis científicos de todos los métodos y herramientas en uso, juntamente con un estudio exacto de los detalles, de los movimientos y del tiempo. Esto implica el remplazo gradual de los métodos empíricos por métodos científicos en todas las partes mecánicas. (...) Sin duda, el elemento más importante en la administración científica moderna es la idea de la tarea. El trabajo de cada obrero es preparado enteramente por la administración, con un día de anticipación por lo menos, y cada obrero recibe en la mayoría de los casos instrucciones escritas completas describiendo en detalle la tarea que debe realizar, como asimismo los procedimientos que habrán de ser usados al efectuar el trabajo. El trabajo así preparado con anticipación constituye una tarea que el obrero no cumple por sí solo, puesto que en la mayoría de los casos representa el esfuerzo común de éste y de la administración. En esta forma, no solo se especifica lo que ha de hacerse, sino cómo debe hacerse y el tiempo exacto concedido para realizarlo. Y siempre que el obrero logra efectuar su tarea correctamente y dentro del tiempo límite especificado, recibe un aumento del 30 al 100 por ciento de su salario ordinario. El trabajo de cada obrero es cuidadosamente proyectado, de manera tal que su ejecución exija una tarea consciente y prolija, pero ejecutada a una velocidad tal que en ningún caso le exija un ritmo de trabajo que sea perjudicial para su salud. La tarea es siempre regulada de modo que el obrero que la desempeña sea capaz de trabajar durante años bajo este sistema sin temor de cansancio.” (1911/1973: 22,31)

El nuevo sistema administración que F. W. Taylor propone se basa en el presupuesto según el cual es posible encontrar científicamente el modo más eficaz y eficiente de hacer una tarea. Sus estudios de tiempos y movimientos, no sólo establecen la mejor mecánica posible del cuerpo frente a la labor que se realiza, sino también los márgenes de efectividad en los cuales ésta debe desempeñarse.

La cita de F. W. Taylor pone de manifiesto que la cientificidad de su administración se basa en el estudio de las tareas empíricamente desarrolladas, con miras al establecimiento de la acción más apropiada posible en un ajuste que correlaciona tiempo y actividad. A propósito, hay que recordar que existen, en la perspectiva de F. W. Taylor, tres causas para la disminución de la productividad que deben ser atacadas de raíz en su nueva administración: la creencia en que el aumento de la productividad por parte de los obreros y las máquinas traerá como consecuencia una baja en la demanda de la mano de obra, razón por la cual los obreros son menos productivos para así requerir la contratación permanente de más número de ellos. En segunda instancia, el descubrimiento de los ingenieros y administradores de una tendencia del hombre hacia el ocio y, sobre todo, a fingir el trabajo, aspecto que ya se había mencionado previamente y sobre el cual volveremos más adelante. Y, por último, el descubrimiento de que los métodos empíricos usados por los obreros implicaban un derroche de su esfuerzo (1911/1973:15).

Estas causas son atacadas directamente por F. W. Taylor en lo que constituye su mayor interés: el establecimiento de la serie más ajustada de movimientos, según la tarea, en marcos de tiempo específicos. La relación que se establece aquí con la manera como la disciplina dispone la temporalidad es directa, dado que F. W. Taylor se vale de procedimientos de investigación que apuntan a lograr un empleo máximo del tiempo al imponer al administrador la necesidad de conocer la manera como sus obreros trabajan y establecer planes de trabajo que se ajusten a ritmos, ciclos y márgenes de producción claramente establecidos, a la vez que instituye dividendos de los cuales el mismo obrero se verá beneficiado a través de la recompensa del salario e, incluso, del tiempo de ocio.

Así mismo, se espera que en la medida en que el obrero se ajuste a las nuevas condiciones en la administración de su trabajo, su labor adquiera un ritmo tal que logre una ajustada coordinación de movimientos a los marcos de referencia temporales que se han establecido para ellos, según lo que Foucault denomina la elaboración temporal del acto, y que se traduce en la mayor simplificación posible de

las acciones en la búsqueda del mayor rendimiento esperado —en términos tanto de una economía del tiempo como de la ganancia—.

En este sentido, el cuerpo del obrero no sólo es más productivo por la disposición adecuada a la tarea, sino también porque logra deshacerse de los movimientos inútiles y canalizar tanto sus acciones como sus energías hacia una labor específica en la que logrará un máximo de rendimiento, logro que no será posible sino en la medida en que se reemplacen los parámetros empíricos de acción por aquellos que se han comprobado son más ventajosos. Es aquí donde cobra interés para F. W. Taylor el estudio de la fatiga del hombre, pues descubre que al regular esfuerzo y distensión se logra un ritmo constante de trabajo, que se traduce en una velocidad promedio de producción que puede ser calculada (1911/1973: 36, 43).

Del mismo modo, el cuerpo del obrero, objetivado en coordenadas espacio - temporales, también debe ajustar su funcionalidad al acoplamiento con objetos, herramientas e instrumentos propios de su trabajo. A propósito, la propuesta de F. W. Taylor se podría denominar ergonómica, pues él mismo señala cómo algunos de los insumos utilizados habitualmente por los obreros no son los más apropiados para hacer efectivo su trabajo, razón por la cual es preciso diseñar herramientas que, según un uso adecuado, puedan facilitar al máximo posible el desempeño laboral.

En este sentido, es de particular interés para F. W. Taylor hacer un estudio no sólo de tareas que implicaban un esfuerzo físico por parte del obrero, sino también de aquellas en las que se requería un cierto grado de acoplamiento entre el obrero y una maquinaria o instrumento específico, pues son tareas que señala como más complejas y que requieren un tipo de esfuerzo, así como de estudio, distinto. Para ello realiza un conjunto de experimentos con el fin de establecer cuál es la velocidad de manejo de la máquina y el avance que se debe usar, de acuerdo con el tipo de tarea que se realice en una maquinaria específica, ya sea torno, cepilladora, taladradora o fresadora¹². Los resultados de estos estudios arrojaron la conclusión de que es preciso, en el caso de cada máquina, resolver un problema matemático intrincado en

¹² Las investigaciones de F. W. Taylor a propósito de este aspecto, la relación hombre – máquina – velocidad, fueron realizados específicamente en el corte de metales.

el cual se deben determinar doce variables independientes que incluyen desde las características del material sobre el que se está trabajando hasta las particularidades de la máquina, ajustadas, evidentemente, a cada operario mecánico que realice la tarea (1911/1973:76-78).

Esta situación se explica, desde la perspectiva de Foucault, cuando se refiere al hecho de que la articulación cuerpo - objeto se muestra en "(...) la descomposición del gesto global en dos serie paralelas: la de los elementos del cuerpo que hay que poner en juego (...) y la de los elementos del objeto que se manipula" (1975/1999:157), correlación que F. W. Taylor ha comprendido suficientemente y ha sido capaz de descomponer matemáticamente al señalar una variable dependiente —el obrero— y doce variables independientes que intervienen en la velocidad de manejo de las máquinas por parte del operario.

Además de lo anterior, el logro de esta nueva ciencia de la administración en cuanto al uso efectivo del tiempo se traduce también en la transformación del obrero mismo. Recuérdese que es una queja reiterada de F. W. Taylor que la producción es baja en la medida en que el obrero sistemáticamente simula el trabajo, lo cual puede ser leído como un desperdicio de tiempo y, por ende, un menor rendimiento económico. Al respecto, la propuesta de F. W. Taylor es enseñarle al obrero cómo de un uso adecuado de su jornada de trabajo depende directamente el ingreso económico del cual se beneficiará, de tal manera que en la correlación eficiencia - eficacia se funda todo un sistema de incentivos que, a juicio de F. W. Taylor, anulan la pereza del obrero y establecen un sistema motivacional bastante interesante que se examinará más adelante.

Sin embargo, la responsabilidad del uso efectivo del tiempo ya no se encuentra sólo en el obrero, sino que el área administrativa entra a jugar un papel preponderante en cuanto aplica parámetros de medición sobre las labores realizadas y con ello establece márgenes de producción que al tiempo que evalúan el rendimiento determinan planes de trabajo, según la definición misma de tarea que propone F. W. Taylor. Así las cosas, el tiempo, como recurso, se mide, estandariza y conjuga en un

pasado como parámetro a resolver en un presente que redunde en un futuro, ésta es la tarea de quien asigna la tarea —la dirección—.

Los mecanismos disciplinarios que tienen por objeto el control de la actividad en parámetros temporales, según las cinco características que se han definido, determinan, para Foucault, una nueva lectura del cuerpo que la disciplina inaugura en tanto se dispone una técnica de sujeción en la que aparece un objeto nuevo: “(...) el cuerpo natural, portador de fuerzas y sede de una duración (...) el cuerpo susceptible de operaciones especificadas, que tienen su orden, su tiempo, sus condiciones internas, sus elementos constitutivos” (1975/1999:159), cuerpo que requiere de un nuevo estudio en el que converjan, nuevamente, los registros anatomo - metafísico y técnico -político que el filósofo ha señalado como agenciadores de la inscripción del cuerpo como objeto tanto del saber como del poder.

En este sentido, un estudio adecuado de las condiciones fisiológicas, mecánicas y dinámicas del cuerpo, lo disponen al establecimiento de parámetros, técnicas y mecanismos de sujeción ajustados a las aptitudes propias de dicha corporalidad, asunto que F. W. Taylor ha demostrado suficientemente saber al establecer la necesidad de un conocimiento de la disposición corporal del obrero con miras a un mejor aprovechamiento.

El cuerpo, según esta lectura, se presenta, entonces, como un organismo que opone y muestra unas condiciones propias de funcionamiento (1975/1999:160), condiciones sobre las cuales es preciso lograr un conocimiento adecuado que, más allá de la física, vislumbre procesos funcionales y comportamientos particulares, poniendo en evidencia un poder disciplinario que tiene como correlato la individualidad no sólo en el orden de lo analítico, lo celular, sino también en el orden de lo natural y orgánico (1975/1999:160). Al respecto, los experimentos de F. W. Taylor lograron superar el ámbito de lo estrictamente fisiológico, respecto a los movimientos y sus coordinaciones, mecánica y dinámica, alcanzando una lectura de orden psicológico:

“(...) Existe otro tipo de investigación científica que ha sido mencionado varias veces en este libro, y que debiera recibir especial atención: el estudio

minucioso de los móviles que gobiernan a los hombres.

Podría parecer a primera vista que ésta es una cuestión de observación y criterio individual, y que no es materia apropiada para experimentos científicos exactos. Es cierto que las leyes que resultan de experiencias de esta clase, por el hecho de que se hacen en un organismo muy complejo - el ser humano - , están sujetas a un mayor número de excepciones que las que se presentan en el caso de las leyes relativas a objetos materiales. Y, sin embargo, existen incuestionablemente leyes de esta naturaleza, aplicables a una gran mayoría de individuos, y que cuando están claramente definidas son de gran valor como guía en el manejo de los hombres. Para descubrir estas leyes se han hecho experimentos exactos, cuidadosamente proyectados y ejecutados durante un período de varios años, similares a los experimentos que ya hemos descrito.

Quizá la más importante ley perteneciente a esta clase, en su relación con la administración científica, es el efecto que produce la idea de tarea sobre la eficiencia del obrero" (1911/1973: 85).

El obrero producido por F. W. Taylor aquí no restringe su trabajo a jornadas o labores acumuladas, no es ya más un obrero sin valoración del tiempo y de su propia productividad. Al contrario, la idea de la tarea como meta, objetivo, requisito, pone en convergencia el ahorro y aprovechamiento adecuado de la fuerza de trabajo en coordinación con el cumplimiento de estándares establecidos y el consecuente beneficio económico que de ello se deriva, haciendo que el obrero mismo autorregule sus acciones conforme tiempos claramente determinados en los planes trazados para ello.

Así las cosas, la tarea es al tiempo mecanismo de regulación tanto en el orden de los tiempos y los movimientos, como en una ética del trabajo ajustada al cumplimiento de fines económicos, situación que pone el obrero frente a su propio límite y que demarca para él, al fin y al cabo, un procedimiento de autosujeción: "(...) El obrero ordinario debe encontrarse en condiciones de medir la tarea que ha realizado y ver claramente lo que ha ganado a la terminación de cada día, si es que se quiere que trabaje bien" (1911/1973:68).

Sin embargo, para el poder disciplinario no basta con disponer de regularidades temporales ajustadas al perfeccionamiento de los movimientos. Es preciso establecer ciclos de regularidades más amplios que incluyan la posibilidad de intervenir no sólo en la inmediatez de una acción específica, sino en lapsos de tiempo de mayor duración: la existencia misma del individuo. Así las cosas, el individuo es un proyecto

de perfeccionamiento en el tiempo, según fases o etapas que a lo largo de su vida imponen, cada vez más, un ajuste al aparato social (1975/1999:161). Para ello, la disciplina se vale de cuatro procedimientos que, según Foucault, son puestos en mayor evidencia por la organización militar y que no tardarían en desplazarse hacia otras instituciones sociales, incluido el ámbito de la producción.

El primero de estos procedimientos se funda en la idea según la cual la duración del tiempo se descompone en segmentos, sucesivos o paralelos, que implican alcanzar un término específico (1975/1999:162). Se trata, entonces, de establecer, en el lapso de un tiempo determinado, etapas, fases o momentos con un punto final apreciado que de cuenta que el tiempo ha sido efectivamente utilizado. Así las cosas, cada individuo puede ser ubicado en un momento específico de un proceso más amplio, en relación consigo mismo y su propio proceso así como respecto a los otros, de acuerdo con los niveles diferenciales que se demarcan para ello.

Del mismo modo, es menester descomponer los tiempos según sucesiones de elementos tan simples y específicos como sea posible, de tal manera que sea factible combinarlos en grados de complejidad creciente (1975/1999:162). Ese segundo procedimiento funda su efectividad en el análisis de comportamientos o aprendizajes generales en sus componentes que van adquiriéndose paulatinamente en una sumatoria que tiene como resultado un logro global. De este modo, por más compleja que resulte la función, un moldeamiento pausado según pasos simples específicos, garantiza su consecución en el transcurso de un tiempo determinado.

Por su parte, cada segmento de tiempo, nivel o etapa, así como el resultado de la combinatoria de elementos simples, debe poder someterse a una valoración o evaluación, dando lugar a un cierre del proceso iniciado según indicadores de efectividad. En este sentido se fijan finales o metas a los ciclos, las rutinas de aprendizaje, las fases, etc., haciéndolas susceptibles de una medición, a través de una prueba, que según Foucault, cumple con la triple función de "(...) indicar si el sujeto ha alcanzado el nivel estatutario, garantizar la conformidad de su aprendizaje con el de los demás y diferenciar las dotes de cada individuo" (1975/1999:162).

El último procedimiento refiere al modo como la distribución del tiempo en fases, ciclos, rutas, etc. Dispone series de series, que combinan en su interior momentos de duración determinada, composición de elementos hacia una complejidad y estimación de puntos de llegada, que al mismo tiempo que encuentran su fin dan lugar a nuevos comienzo, bifurcándose constantemente. En este sentido, el tiempo transcurrido dispone, de acuerdo con los parámetros establecidos, una ubicación del individuo en un rango, una casilla temporal, que refiere a sí mismo y a su proceso como a los otros, según relaciones, incluso, de orden jerárquico. Así las cosas, no basta para los mecanismos disciplinarios el establecimiento de rangos de ubicación en el orden del espacio, sino que a su vez se establecerán jerarquías según temporalidades demarcadas analíticamente y de manera progresiva.

El efecto de esta disposición del tiempo, para Foucault, se traduce en la posibilidad de ejercer un control detallado sobre los procesos de los individuos, a la vez que intervenir sobre ellos, pues la segmentación del tiempo permite, además, lograr un mejor conocimiento sobre cada uno de los individuos sobre los que se aplica y utilizarlos según su nivel en las series que recorren (1975/1999:164).

Los que establece Foucault, a propósito de estos procedimientos de disposición del tiempo, es la forma como el poder disciplinario instituye parámetros genéticos de constitución y perfeccionamiento de la individualidad que se trata, buscando, cada vez más, un ajuste del individuo al sistema en el que se haya inscrito, llámese escuela, instrucción militar, fábrica, etc. En este sentido, al fin y al cabo, lo que se encuentra de fondo es lo que podría llamarse una teleología disciplinaria, un deber ser establecido, que se alcanza gracias a ciclos, procesos, niveles que recorre el individuo y donde se encuentra un punto final apreciado y, efectivamente, susceptible de valoración a través de exámenes o pruebas, deber ser que se traduce, en el ámbito de la modernidad, en la idea de progreso (1975/1999:164).

Así las cosas, "(...) los procedimientos disciplinarios hacen aparecer un tiempo lineal cuyos momentos se integran unos a otros, y que se orienta hacia un punto terminal y estable. En suma, un tiempo 'evolutivo'" (1975/1999:164). Tiempo planeado, controlado, serial y acumulativo del que se apropian los sistemas sociales y

que se traduce en planes, proyectos programas de complejidad creciente, eficacias jerárquicamente distribuidas y sobre todo indicadores de éxito, evolución y progreso que se hacen concretos en metas altamente diferenciadas.

En este sentido es posible comprender el interés creciente de F. W. Taylor por establecer parámetros de eficacia sobre los cuales el mismo obrero tuviera un control directo, dado que no basta únicamente con determinar una meta específica, traducida en tarea, sino también es preciso ubicar un indicador efectivo del buen uso del tiempo: el beneficio económico. Así mismo, el fin esperado por F. W. Taylor es siempre el perfeccionamiento del cada hombre en la tarea que le corresponde, según se sirva de los lineamientos establecidos científicamente para ello, de manera tal que cada vez más se ajuste a las demandas, necesidades y expectativas del aparato productivo.

En la cita que se recoge a continuación es posible encontrar cómo, desde el obrero es más novato hasta el obrero más experimentado, la nueva administración traza unos parámetros de progreso:

"(...) Debe comprenderse que todos los obreros ocupados en una misma clase de trabajo no requieren igual enseñanza individual y atención por parte de los capataces funcionales. Los obreros novicios en una tarea determinada, necesitan, naturalmente, mucha mayor instrucción y vigilancia que los que han estado durante mucho tiempo en la misma clase de trabajo.

(...) [Sin embargo], el obrero que en el sistema de administración científica coopera con sus instructores, tiene para perfeccionarse una oportunidad por lo menos tan buena, y generalmente mejor, que la que tenía cuando todo el problema se dejaba en sus manos y efectuaba su trabajo sin ninguna ayuda.

(...) Lo que realmente sucede es que, con la ayuda de la ciencia que invariablemente se desarrolla, y a través de las instrucciones de sus instructores, a cada obrero de una capacidad intelectual dada se lo capacita para realizar una clase de trabajo mucho más superior, más interesante, y por último más perfeccionada y más provechosa que la que era capaz de hacer anteriormente. El obrero que anteriormente era incapaz de ejecutar una tarea más difícil que palear o transportar polvo de un lugar a otro, o llevar el trabajo de una parte del taller a otra, puede en muchos casos realizar trabajos elementales de mecánica, ayudado por el agradable ambiente, la interesante variación y los salarios más altos que son propios del oficio de mecánico. El mecánico ayudante, que anteriormente era apenas capaz de manejar una taladradora, es enseñado a efectuar el más complejo y mejor valuado trabajo de torno y cepilladura, mientras que los mecánicos muy expertos y más inteligentes llegan a ser capaces funcionales e instructores. Y así sucesivamente, siempre en línea ascendente." (1911/1973:89-90).

El tiempo diferencial, que va desde al aprendizaje al dominio de la tarea, el paso al cumplimiento de la labor que sigue, el aumento de la complejidad y así, sucesivamente, hasta el más alto de los reconocimientos, según la disposición del sistema productivo, pone en evidencia un sistema jerárquicamente organizado según rangos que combinan cuatro variables importantes: perfeccionamiento en la tarea, aumento de la producción y, por ende, del beneficio económico, heteronomía / autonomía en el trabajo y subordinación / dominio; variables que disponen los ciclos y niveles por los que ha de pasar un trabajador a lo largo de su vida. En este sentido, el tiempo es simultáneamente sistema de medida y recurso evolutivo, pues se trata no sólo de aprovecharlo útilmente sino de hacerlo parámetro de administración de la existencia misma.

El rango ubica, entonces, no sólo en una coordenada espacial, como se había señalado anteriormente, sino en un registro temporal que opera como indicador de evolución y progreso. Lo que permitirá escalar en los rangos, en la propuesta de F. W. Taylor, es fundamentalmente la instrucción, acción en la que convergen el interés del obrero por dejarse enseñar y el reiterado ejercicio vigilado por parte del capataz o jefe de taller, siempre con referencia a las leyes científicas que se han determinado para la elaboración de su trabajo, aspecto que señala Foucault como determinante del ejercicio del poder disciplinario de manera genética o evolutiva, dado que "(...) el ejercicio es la técnica por la cual se imponen a los cuerpos tareas a la vez repetitivas y diferentes, pero siempre graduadas. Influyendo en el comportamiento en un sentido que disponga hacia un estado terminal, el ejercicio permite una perpetua caracterización del individuo ya sea en relación con ese término, en relación con los demás individuos, o en relación con un tipo de trayecto" (1975/1999:165).

Así mismo, se pone de manifiesto, una vez más, cómo la creación de un sistema de incentivos para F. W. Taylor es un aspecto determinante del aumento de la producción y del beneficio. No basta sólo con que el obrero ajuste su tarea a los estándares y con ello se lucre, también es preciso otro tipo de reconocimiento que se traduce en un ascenso en la línea de la empresa, estipulando un final deseable y

claramente determinado que sirve como meta, que sólo puede ser alcanzada por el trabajador cuando se dedica a su trabajo según los lineamientos que la nueva ciencia de la administración le ofrece. Este aspecto se vincula, nuevamente, a la idea del ejercicio y el lugar preponderante que ocupa éste en la historia de Occidente, según Foucault, dado que "(...) sirve para economizar el tiempo de la vida, para acumularlo en una forma útil, y para ejercer el poder sobre los hombres (...)" (1975/1999:166).

2.1.4. Individuos Disciplinados: Colectivos Productivos

A partir de lo anterior, es posible comprender cómo el poder disciplinario ha logrado descomponer los cuerpos en partes funcionalmente útiles, establecer espacialidades que distribuyen los individuos, a la vez que los ordena, jerárquica y estratégicamente, del mismo modo que ha prescrito temporalidades ajustadas como marcos de referencia productivos, de tal forma que el cuerpo - individuo queda ubicado en coordenadas espacio - temporales que lo objetivan de manera sutil y efectiva, según las exigencias del aparato social donde se le ubica. Sin embargo, aún habrán de desplegarse mecanismos complementarios donde lo individual adquiere nuevas dimensiones al hacerse parte de un sistema masificado, complejo y compuesto, mecanismos que Foucault vincula específicamente a la composición de las fuerza y que se retomarán a continuación, estableciendo no sólo sus particularidades sino las implicaciones específicas de éstos en el discurso de F. W. Taylor a propósito de la organización del trabajo.

Lo que Foucault encuentra en el fondo de estos mecanismos de composición de las fuerzas es, fundamentalmente, un despliegue del poder disciplinario que no sólo logra establecer coeficientes de individualización sino que también es capaz de lograr una combinación adecuada de las individualidades con miras a la construcción de un aparato eficaz (1975/1999:168), según lo que él mismo denomina la característica combinatoria de la disciplina.

Al respecto, Foucault señala tres funciones del poder disciplinario que se relacionan con el cuerpo singular como objeto manipulable, el manejo de un tiempo

compuesto –combinación de series cronológicas– y el establecimiento de un sistema de mando preciso. La primera de estas funciones, implica la constitución de un cuerpo singular que se hace objeto de movimientos, articulaciones, disposiciones particulares, con miras a su colocación en el lugar más efectivo posible en combinación con otros cuerpos igualmente colocados acertadamente.

Esta particularidad del poder disciplinario bien vale la pena comprenderse como un resultado de las disposiciones celular, orgánica y genética que las disciplinas han puesto en marcha, dado que el cuerpo se ha particularizado y objetivado a través de las distribuciones espaciales y las coordinaciones temporales. Sin embargo, más allá de esto, la individualización se funda en una “(...) reducción funcional del cuerpo” (1975/1999:169), que se propone en función “(...) de la inserción de este cuerpo-segmento en todo un conjunto sobre el cual se articula” (1975/1999:169) de modo tal que el cuerpo ubicado en relación con otros se haga parte de una maquinaria donde se logra su mayor aprovechamiento posible.

Así mismo, los cuerpos combinados en dichas maquinarias, se rigen por pautas temporales claramente establecidas, que son señaladas por Foucault como “(...) series cronológicas” (1975/1999:169) que conforman tiempos complejos de funcionamiento, pausa, recomposición, etc. El logro de una distribución temporal de este tipo se traduce en el establecimiento de tiempos coordinados entre individuos, de forma tal que “(...) el tiempo de los unos debe ajustarse al tiempo de los otros de manera que la cantidad máxima de fuerzas pueda ser extraída de cada cual y combinada en un resultado óptimo” (1975/1999:169), según una dinámica que llega a ser extremadamente importante para el aparato productivo en particular.

Los individuos combinados, conformando aparatos o conglomerados especializados en tareas y funciones, deben regirse por sistemas de mando que logren un dominio certero, sistemas que establecen jerarquías, procedimientos o procesos de vigilancia, comunicación y control que se encargan de garantizar a la vez la funcionalidad del sistema y su progresiva sincronía. En este sentido, el establecimiento de un sistema de mando no sólo refiere a la existencia de personas investidas con el poder de vigilar, sino también a la creación de regímenes de signos y

códigos que actúan como señales que ordenan y disponen los comportamientos y respuestas esperados, señales que, según Foucault unen “(...) en su brevedad la técnica de la orden a la moral de la obediencia” (1975/1999:171).

De acuerdo con este despliegue del poder disciplinario, es posible comprender de qué modo los nuevos ordenamientos microfísicos —espaciales, temporales, dinámicos y mecánicos—, de la corporalidad cifrada en registros de muy diverso orden, establecen, más bien, en la lectura de Foucault, la posibilidad de comprender cómo la disciplina “(...) fabrica a partir de los cuerpos que controla cuatro tipos de individualidad, o más bien una individualidad que está dotada de cuatro características: es celular, orgánica, genética y combinatoria” (1975/1999:172). Ahora bien, cada una de estas características se despliega de manera efectiva a través de un conjunto de técnicas, que ya se han señalado previamente, y que incluyen la construcción de cuadros, la prescripción de maniobras, la imposición de ejercicio y la composición de fuerzas, siendo esta última la táctica por excelencia del poder disciplinario.

Esta función combinatoria de la disciplina se encuentra en la idea misma de administración que se propone fundamentar F. W. Taylor, pues dicha administración no apuntaría a otra cosa que disponer científicamente los hombres y sus fuerzas en una composición ordenada que funciona bajo los regímenes de la eficiencia y la eficacia, al traducir los cuatro principios, señalados al inicio de este capítulo, en elementos o procedimientos integrados:

- 1) El estudio del tiempo y de los instrumentos y métodos para efectuarlo correctamente.
- 2) Un cuerpo de capataces funcionales y su superioridad sobre el antiguo capataz único.
- 3) La estandarización de todas las herramientas e implementos usados en la fábrica y de los movimientos de los obreros en cada clase de trabajo.
- 4) La conveniencia de un departamento de planificación o preparación del trabajo.
- 5) El ‘principio de excepción’ en la administración.
- 6) El uso de reglas de cálculo e instrumentos similares que permitan ahorrar tiempo.

- 7) Las fichas de instrucciones para los obreros.
- 8) La idea de 'tarea' en la administración, acompañada por una prima considerable cuando el obrero la cumple.
- 9) La 'tarifa diferencial'.
- 10) Sistemas mnemotécnicos para clasificar los productos manufacturados, las herramientas usadas en la elaboración, etc.
- 11) Un sistema moderno de costo, etc.¹³

De acuerdo con estos parámetros de funcionamiento, el sistema Taylorista logra que la empresa se convierta en una máquina articulada de individualidades dispuestas. Ha ido del cuerpo obrero como unidad de trabajo específica, descompuesto por partes útiles y funcionales, a la idea del obrero adecuada a los parámetros establecidos por sus investigaciones, hasta la conformación de la empresa como sistema coordinado de partes calibradas. De modo tal que ha puesto a funcionar las características celular, orgánica, genética y combinatoria del poder disciplinario a través de una racionalización del trabajo que encarna en sí misma fundamentos epistémicos y tecnologías de sujeción al servicio del ámbito productivo.

El trabajo humano ya no será más una actividad liberal, autónoma o creativa. La revolución industrial había ya dado los pasos hacia una organización de la producción, pero la introducción de los parámetros científicos en la organización del trabajo no sólo redundarán en una mayor producción económica sino, también, en la creación de un nuevo sujeto trabajador, sujeto de la tarea, de los regímenes de tiempos y movimientos calculados, paramétricos y estandarizados que nos ha heredado el genio de F. W. Taylor.

Hasta aquí hemos recuperado los elementos microfísicas, propuestos por Foucault, a propósito de la lectura del sistema Taylorista. Sin embargo, no basta con acercarnos a las consecuencias de la instauración de una sociedad disciplinaria en los niveles que se han rastreado hasta el momento, razón por la cual es preciso ahondar en las consecuencias socio - políticas que harán de la disciplina una forma general de dominación que trasciende el ámbito de lo individual y produce efectos en la

¹³ Taylor, F. W. *Principios de la Administración Científica*. Editorial Ateneo: Buenos Aires, 1911/1973. Pág. 91-92.

disposición del aparato social en general. Para ello seguiremos el orden propuesto por Foucault en su lectura, recuperando cuidadosamente los elementos que aporta su análisis de los medios del buen encauzamiento y del sistema panóptico que la disciplina pone funcionar, tarea que se realizará en el siguiente capítulo.

3. EL HOMBRE TRABAJADOR: OBJETO VISIBLE Y ENUNCIABLE

“Hay naturalmente hombres de energía, vitalidad y ambición extraordinarias, que, por supuesto, eligen el ritmo más rápido, establecen sus propias normas y trabajan fuerte, aun cuando esto vaya contra sus mejores intereses. Pero estos pocos hombres extraordinarios sirven para hacer resaltar, por contraste, la tendencia de la generalidad de los hombres”.¹⁴

Las consecuencias de la manera como la disciplina habrá de disponerse no sólo incluyen la constitución de un sujeto dócil y útil en particular, sino también el despliegue de estrategias de colocación, distribución y combinación de los individuos, para lograr de ellos, en conjunto, un máximo de rendimiento.

En el capítulo anterior se abordó la disciplina en sus condiciones microfísicas, adecuadas a ordenamientos espaciales, temporales, mecánicos y dinámicos, en el dominio específico de los individuos. Sin embargo, el éxito de la nueva economía del poder será lograr, a través de una coerción en lo individual, un dominio de lo colectivo, ordenando, en definitiva, el aparato social en todas sus dimensiones, incluido el ámbito de la producción económica.

Para ello la disciplina se valdrá de un conjunto de tácticas, entendidas estas como “(...) el arte de construir, con los cuerpos localizados, las actividades codificadas y las aptitudes formadas, unos aparatos donde el producto de las fuerzas diversas se encuentra aumentado por su combinación calculada” (1975/1999:172), de tal forma que el resultado sea no sólo la injerencia sobre los individuos en particular, sino sobre la masa en general, logrando un máximo de alcance para las disposiciones disciplinarias. Así las cosas, la táctica corresponde al procedimiento más elevado de la práctica disciplinaria (1975/1999:172), al dispersarse de varios modos por lo social, asunto que interesa indagar particularmente a Foucault en los apartados sobre *Los Medios del Buen Encauzamiento y El Panoptismo*.

¹⁴ Taylor, F. W. *Principios de la Administración Científica*. Editorial Ateneo: Buenos Aires, 1911/1973. Pág. 18.

En este punto se ubica, específicamente, el interés de este capítulo, al proponerse una lectura de las tácticas disciplinarias y sus efectos en la manera como toman la forma de procedimientos de organización del trabajo en los planteamientos de F. W. Taylor, de acuerdo con las características que Foucault atribuye a dichas tácticas. La lectura procederá del mismo modo que en el capítulo anterior, recuperando las nociones propuestas por Foucault y aplicándolas al estudio de F. W. Taylor, de tal modo que sea posible ubicar las particularidades disciplinarias que en el ámbito de la organización colectiva del trabajo logran los postulados Tayloristas, al tiempo que se afina un poco más la definición de hombre que se encuentra en el trasfondo como objeto del poder y el saber.

3.1. El Trabajo Como Agente Normalizador

El poder disciplinario produce individuos objetivados, los fabrica a la vez como objetos e instrumentos de su ejercicio, como tecnologías en sí mismos (1975/1999:175). La efectividad del poder disciplinario radica en su manejo económico, dado que en su modestia, suspicacia y discreción, logra el encauzamiento cuidadoso de las fuerzas de los hombres y las pone a su servicio al multiplicarlas y aplicarlas a diversos fines.

Ya se ha mostrado como Foucault explica la manera como los ordenamientos microfísicos han organizado al individuo en coordenadas espaciales, temporales, mecánicas y dinámicas. Ahora su interés es examinar los procedimientos a través de los cuales se hace entrar a ese individuo en regímenes ópticos, de registro y medida específicos, los cuales habrán de integrar de manera particular nuevas formas del saber y el poder.

Es así como Foucault delimita los procedimientos disciplinares que, superando lo individual, producen grandes efectos en lo social en general, logrando un impacto considerable en diverso ámbitos a través del uso de instrumentos definidos por el autor como 'simples' y que corresponden a la inspección jerárquica, la sanción

normalizadora y su combinación en un procedimiento que le es específico: el examen (1975/1999:175).

La vigilancia jerárquica es comprendida por Foucault como el ejercicio del poder a través de la mirada, de la inspección, que establece regímenes de observación que hacen claramente visibles aquellos sobre los que se aplica (1975/1999:175). El filósofo ubica en el ejercicio de esta vigilancia constante el surgimiento de un mecanismo del cual las ciencias en general, y las del hombre en particular, se han beneficiado al poner a funcionar aparatos de observación que proveen nuevos saberes sobre el hombre que a la vez que establecen sobre éste juicios disponen procedimientos para utilizarlo (1975/1999:175).

El producto de esta prescripción disciplinaria hará visibles los individuos en órdenes arquitectónicos y relacionales, individuos objeto de vigilancias que ejercen sobre ellos controles en espacios que los exponen a la mirada, hombres objeto del control constante de agentes encargados de ello: maestros, capataces, médicos, científicos de todo orden. Es así como la disciplina encontrará en la vigilancia jerárquica un instrumento eficaz que logra, en la implementación de sistemas de observación, la objetivación de los comportamientos del individuo y con ello determinar los cursos de acción para el encauzamiento de dichos comportamientos.

Si bien los sistemas de observación varían en su forma, la manera como proceden obedece a dos principios fundamentales: disponer un sistema continuo y múltiple sobre la superficie a controlar así como ser lo suficientemente discreto para no interferir en los procesos sobre los que se aplica. Esta doble condición del poder disciplinario, otorga al orden de vigilancia su particularidad, pues hace que este mecanismo de poder se ubique en el interior mismo de los sistemas donde se aplica — instituciones disciplinarias—, funcionando como una maquinaria integrada a la economía y a los fines del dispositivo en el cual se ejerce (1975/1999:182). Así las cosas, este poder no está en los ámbitos institucionales como algo ajeno, dado o que ceden entre sí los individuos, es más bien algo que el aparato entero produce, ubicando y distribuyendo a los individuos en coordenadas de visibilidad dispuestas según el orden óptico - político establecido. Ya sea como aparato de vigilancia,

mecanismo de coerción u orden de visibilidad, en la física de este poder se aparejan la óptica y la mecánica, en cuanto juego que señala Foucault como "(...) juego de espacios, de líneas, de pantallas, de haces, de grados, y sin recurrir, en principio, al menos, al exceso, a la fuerza, a la violencia. Poder que es en apariencia tanto menos 'corporal' cuanto que es mas sabiamente físico" (1975/1999:182).

El ámbito productivo no ha sido, para nada, ajeno al establecimiento de ordenamientos de visibilidad. A propósito, señala Foucault, el modo como los grandes talleres y fábricas se ocuparon particularmente del diseño de nuevos tipos de vigilancia que atendieran a todo el proceso de trabajo, de forma tal que además de supervisar los procesos de producción también se hiciera un seguimiento a todas las actividades del hombre, prestando especial atención a sus habilidades, su manera de trabajar, eficacia, comportamiento en el trabajo, etc. (1975/1999:179). Ello trae como consecuencia la necesidad de incluir en las empresas personas especializadas en el desempeño de la vigilancia, personas que cumplen una función definida y, jerárquicamente, no se encuentran en el mismo nivel de los obreros. De esta forma, la vigilancia pasa a ser un "(...) operador económico decisivo, en la medida en que es a la vez una pieza interna en el aparato de producción y un engranaje especificado del poder disciplinario" (1975/1999:180), lo que hace del sistema de inspección y vigilancia un mecanismo regular en el ámbito productivo.

La observación como mecanismo de control, adquiere en el trabajo de F. W. Taylor tres acepciones interesantes: una ligada a la constitución del saber, otra vinculada a la forma como se debe regir y controlar el trabajo, y una última señalada como forma de autovigilancia e inversión de la mirada. La primera de estas formas hace aparecer la mirada como el fundamento de sus estudios, al establecerla como herramienta científica a partir de la cual determina los parámetros para el desempeño adecuado de las tareas. Esta forma de la mirada implica la puesta en marcha de un sistema de vigilancia que identifica al punto los errores más comunes del obrero a la vez que sitúa la forma más adecuada para realizar una tarea. La observación realizada se apareja a un registro, que se valida estadísticamente, a partir del cual se establece el curso de acción adecuado para el desempeño:

“Elegimos dos obreros de primera clase que habían demostrado ser fuertes, como también buenos y firmes trabajadores. (...) Trabajaron con su máxima capacidad durante todo el tiempo que estuvieron en observación.

(...) Estos hombres recibieron toda clase de tareas, que fueron diariamente efectuadas bajo la observación estrecha del joven egresado que dirigía los experimentos, y que al tiempo registraba con un cronómetro el tiempo necesario para cada uno de los movimientos efectuados. Todo elemento relacionado de alguna manera con el trabajo y que nosotros creíamos que podría tener alguna influencia sobre los resultados, era cuidadosamente estudiado y registrado.” (1911/1973: 40-41)

Por otro lado, F. W. Taylor reconoció la importancia del papel de la vigilancia en el proceso de producción en sí, razón por la cual se ocupó del diseño de un sistema adecuado a su propuesta. Su punto de partida respecto al tema, señala la directa confrontación entre capataces y obreros, confrontación que entorpece el buen ritmo de la producción económica y que es preciso abolir a través de la implantación de su sistema que “(...) en lugar de la vigilancia suspicaz y la guerra más o menos encubierta que caracteriza el tipo ordinario de administración, (...) [propone la existencia] de una cooperación cordial entre la dirección y los obreros” (1911/1973:24). De acuerdo con este presupuesto, el encargado de la vigilancia no sólo se establece como un agente regulador o de control directo sobre la eficiencia y eficacia del obrero, sino que se ubica, especialmente, como una figura cooperadora. Dicha cooperación debe realizarse en distintos niveles, razón por la cual la figura encargada de esta función no puede ser una sola y es preciso proponer la existencia de un sistema bien articulado de funcionarios vigilantes:

“(...) Bajo la administración funcional, el antiguo capataz único es reemplazado por 8 empleados diferentes, cada uno de los cuales desempeña una función especial, y estas personas, actuando como agentes del departamento de preparación del trabajo, son los instructores expertos que se encuentran en todo momento en el taller, ayudando y dirigiendo a los obreros. Habiendo sido elegido cada uno de ellos por su conocimiento y habilidad personal en su especialidad, son capaces no solo de decir al obrero lo que debe hacer, sino también, en caso de necesidad, efectuar ellos mismos el trabajo en presencia del obrero, de manera tal de enseñarles los mejores y los mas rápidos métodos

Uno de estos instructores, llamado inspector, se ocupa de que el obrero entienda los dibujos y las instrucciones dadas. Le enseña cómo hacer el trabajo de la

calidad exigida: acabado y exacto en algunos casos, todos y rápido cuando la exactitud no es necesaria, siendo lo uno tan importante para el éxito como lo otro. El segundo instructor, jefe de equipo, le enseña cómo colocar el trabajo en la máquina, cómo efectuar todos los movimientos de la manera más rápida y mejor. El tercero, jefe de velocidad, se ocupa de que la máquina sea manejada a velocidad conveniente y que se use la herramienta apropiada, en forma de terminar la pieza en el menor tiempo posible. Además de la ayuda proporcionada por estos instructores, el obrero recibe órdenes y ayuda a otros cuatro hombres: el jefe de reparaciones, en cuanto al ajuste, limpieza y cuidado general de su máquina, correas de transmisión, etc.; del contador, con respecto a todo lo relativo a su salario; del 'empleado de marcha' en cuanto al orden en que debe realizar su trabajo y a la forma en que el trabajo debe pasar de una parte del taller a la otra; y, el encargado de la disciplina, en caso de que un obrero tenga desavenencias con cualquiera de sus diversos jefes ." (1911/1973: 88-89)

En esta cita es evidente la manera como la propuesta de F. W. Taylor ha seccionado los momentos del funcionar productivo para establecer sobre ellos puntos específicos de control y vigilancia. Con ello ha logrado cifrar un juego de miradas que apuntan en direcciones distintas, pero que, al fin y al cabo, se proponen como estrategias de control que han recorrido el proceso de producción completo al hacer objeto de su vigilancia el hombre que trabaja —sus comportamientos, actitudes, su velocidad y postura, su accionar de las máquinas, la tasa productiva respecto otros, etc.—, el trabajo y la producción en general.

El sistema de vigilancia Taylorista se oculta bajo la idea de una relación capataz - obrero basada en la cooperación, al establecer el papel que juega cada uno de ellos en relación con el otro: el capataz aparece como un instructor que se preocupa por señalar siempre la manera más adecuada de realizar la tarea; por su parte, el obrero, será un aprendiz. Con ello también ha conjurado la confrontación entre directivos y obreros, dado que este último será "(...) instruido diariamente por sus superiores y recibirá de éstos la ayuda más cordial, en lugar de ser, por una parte, compelido o forzado por su capataz, y, por la otra, abandonado a su propia inspiración" (1911/1973: 23). El resultado no sólo será la creación de un ambiente más armónico en términos relacionales, sino que, a su vez, transformada la vigilancia en orientación, se garantizará siempre la marcha del sistema productivo al acomodarse la mirada en cada uno de los puntos del proceso de producción como un medio del buen encauzamiento.

Por último, la idea de la vigilancia compartida desplazaba de este papel a la figura del capataz y hace que los obreros, por sí mismos, se encargaran de ejercer una observación rigurosa sobre sus compañeros y el desempeño propio, de modo que cada obrero se veía obligado a supervisar su trabajo y el de los otros. Para ello, F. W. Taylor diseñó mecanismos de control de calidad donde los operarios dieran cuenta tanto de la efectividad de las jornadas como del producto mismo del trabajo, mecanismos que aplicó específicamente al control de producción de partes:

“(…) En el trabajo de estas obreras, la calidad era la mismísima esencia, pues se ocupaban en extraer todas las municiones defectuosas. Por lo tanto, el primer paso fue hacer imposible toda disminución en la calidad, sin que las obreras se dieran cuenta en seguida de ello. Esto se logró con lo que se conoce mediante el nombre de contra-verificaciones.

A cada una de cuatro de las muchachas más dignas de confianza se le daba cada día a inspeccionar un lote de municiones que había sido examinado el día anterior por una de las verificadoras regulares; el capataz había cambiando el número que identifica el lote, de manera tal que ninguna de las contra-verificadoras supiese de quién era el trabajo que estaba examinando. Además de esto, uno de los lotes inspeccionados por las cuatro contra-verificadoras era examinado al día siguiente por la inspectora jefe, nombrada por su integridad moral y exactitud especial.

Se adoptó un recurso para verificar la honestidad y exactitud de la contra-verificación. Cada dos o tres días el capataz preparaba un lote especial de municiones que incluía un número determinado de municiones perfectas y un número conocido de municiones defectuosas. Ni las verificadoras ni las contra-verificadoras tenían medio alguno de distinguir este lote especial de los lotes comerciales regulares. Y de esta manera se evitó toda tentación de descuidar el trabajo o efectuar devoluciones falsas.” (1911/1973:65-66)

Lo que ha logrado F. W. Taylor es la descomposición de la mirada, haciéndola multifuncional en el ámbito productivo: como instrumento de observación del cual se logra un saber que a la vez funciona para el establecimiento de márgenes de utilización de los individuos sobre los que se aplica, como supervisión especializada que entraña el control, como mecanismo de autorregulación por parte de los sujetos en su trabajo en cuanto la expectativa de la mirada genera en el individuo el mantenimiento de pautas de trabajo y producción claramente determinadas. El campo de visibilidad es siempre el mismo: el proceso productivo en general, sus procesos y resultados, logrando con ello integrar modelos y sistemas jerárquicos de vigilancia que se encarnan en los individuos mismos y el aparato productivo que los

sustenta. Del mismo modo, la cita ilustra cómo el sistema de vigilancia también se invierte al hacer objeto del control los mandos altos por parte de los mandos medios y las operarias en particular, estableciendo redes de vigilancia y control por todos los rincones del sistema.

El siguiente procedimiento disciplinar que interesa a Foucault corresponde a la sanción normalizadora que se traduce en la inclusión, en los ámbitos disciplinarios, de formas de castigo que a la vez cumplen la función de ser preventivas y correctivas. Para ello, el sistema disciplinario dispone de pequeños sistemas penales que apuntan a legislar y sancionar en los espacios institucionales, de acuerdo con sus particularidades –enseñanza, trabajo, instrucción militar, salud, etc.–, atendiendo especialmente a las conductas que interfieren en sus procesos tales como: el mal uso del tiempo, el comportamiento inadecuado, actitudes y posturas incorrectas – registro corporal-, etc.

Es así como se establecen micropenalidades que hacen castigable las más pequeñas desviaciones del comportamiento humano, de modo tal que emparejado a un sistema de conductas penales se sitúan los castigos correspondientes. Dichas conductas, en general, corresponden a desviaciones respecto del desempeño esperado en cada institución, desempeño demarcado según los órdenes artificialmente delimitados –por ejemplo tiempos definidos para el desarrollo de una habilidad que se traducen en ciclos y ritmos, el dominio de una tarea específica, etc.–, a la vez que estipulados de acuerdo con las aptitudes naturales esperables en cada individuo – según edad, género, contextura corporal, etc.–.

Una vez establecidos los parámetros de los comportamientos, resultados, desempeños esperables por parte de los individuos, aquellas conductas que no se hallan dentro de lo esperado se definen como desviaciones sobre las cuales se aplican no tanto sistemas de castigo como formas correctivas que incluyen el ejercicio, el trabajo duro, el aumento del tiempo de dedicación a una tarea, etc. De este modo, la corrección, puede comprenderse como una sanción isomorfa a la desviación que se pretende normalizar, de tal forma que a través de la acción correctiva el individuo se introduzca en el cauce determinado por el sistema institucional al que pertenece:

escuela, fábrica, iglesia, instancia militar. En este caso, al fin y al cabo, el castigo se transforma en ejercicio (1975/1999:185).

Para Foucault, el castigo en los órdenes disciplinarios es un elemento que hace parte de un sistema doble que incluye la gratificación y la sanción, sistema que se aplica como mecanismo a la vez de corrección como de encauzamiento de la conducta (1975/1999:185). El establecimiento de este sistema permite poner a funcionar un conjunto de procedimientos propios del castigo disciplinario: por un lado, la calificación de las conductas y cualidades de acuerdo con equivalencias entre lo bueno y lo malo; por otro lado, además, es posible realizar una cuantificación valorativa sobre las acciones. Estos dos procedimientos son aplicados en muy diversos ámbitos de la sociedad, incluyendo las instituciones educativas, militares y, por supuesto, las organizaciones productivas.

Estos sistemas de medida, cualitativos y cuantitativos, permiten disponer sobre los individuos registros que establecen rangos donde éstos son ubicados, haciendo visibles las desviaciones a la vez que definen jerarquías según las cualidades, competencias y actitudes que evidencia entre ellos, registros que igualmente cumplen con la función de castigar y recompensar (1975/1999:186).

De este modo, la sanción normalizadora, como forma particular del castigo en la sociedad disciplinaria, se basa en la diferenciación de los individuos entre sí, según parámetros, naturales o artificiales, que han sido claramente definidos para ello, estipulando sobre cada individuo la verdad de su naturaleza al ubicarlo en un lugar específico de la serie de rangos que puede ocupar y, en una perspectiva a la vez colectiva, en función del lugar en relación con la ubicación de los otros. De este modo, el poder disciplinario obedece, de nuevo, a principios económicos en su ejercicio dado que a la vez establece un control sobre los individuos concretos y sobre el conjunto de ellos.

En la perspectiva de Foucault, la existencia de estos parámetros ocupa un papel preponderante en la definición misma del poder disciplinario y la sociedad que este poder ha dispuesto, dado que los mecanismos del castigo fundados en la determinación de líneas, cualitativas y cuantitativas, de lo bueno y lo malo, se ha

traducido en la díada normalidad - anormalidad que se aplica, desde entonces, a los individuos. En palabras del filósofo: "(...) la penalidad perfecta que atraviesa todos los puntos, y controla todos los instantes de las instituciones disciplinarias, compara, diferencia, jerarquiza, homogeniza, excluye. En una palabra, *normaliza*" (1975/1999:188).

La consecuencia de esto será la aparición de la norma como principio que, en el poder disciplinario, se difumina, aplica y funciona más efectivamente que los sistemas jurídicos y penales, logrando una injerencia determinante en todos los ámbitos de la sociedad disciplinaria al imponer principios para la regulación de los procedimientos — productivos, de aprendizaje, etc.—, así como pone a funcionar mecanismos homogenizadores, a partir de la ubicación de los sujetos en rangos específicos con respecto a dicha norma. Así, el individuo desaparece, en sus cualidades particulares, en función de la norma que a la vez lo hace aparecer en la diferencia, por los indicadores de anormalidad.

En los intereses de F. W. Taylor, los parámetros de normalidad - anormalidad están definidos de acuerdo con el desempeño de la tarea. El principio de sus investigaciones fue encontrar la manera más eficaz y eficiente de realizar una tarea, definir las particularidades de su desempeño, instruir al obrero y hacerlo entrar en una dinámica productiva basada en los principios que rigen dicha tarea. Dejar al obrero actuar de acuerdo con su experiencia era permitir la existencia de métodos heterogéneos de trabajo, no necesariamente productivos, que en nada beneficiaban al obrero mismo ni al patrón. Por lo tanto, era preciso fijar indicadores respecto al desempeño esperado por parte de los obreros:

"(...) la mayor prosperidad para el obrero, unida a la mayor prosperidad para el patrón, solo pueden ser alcanzadas cuando el trabajo del establecimiento se hace con el menor gasto combinado de esfuerzo humano, de materia prima, de costo del capital en máquinas, edificios, etc. O, para expresar lo mismo de manera diferente: que la mayor prosperidad solo puede existir como resultado de la mayor productibilidad [sic.] posible de los hombres y de las máquinas del establecimiento, es decir, cuando cada hombre y cada máquina están rindiendo la mayor producción posible" (1911/1973:12-13).

Varios elementos de la cita llaman la atención a propósito del establecimiento de parámetros de normalización. En primera instancia, el indicador de éxito que se impone como condición y une tanto a obreros como patronos en torno al fin de la prosperidad. El logro de dicha prosperidad se encuentra demarcado por la convergencia de dos funciones importantes: la eficiencia, considerada como el ritmo más rápido de trabajo —movimientos coordinados y al punto—, y la eficacia comprendida como el mejor aprovechamiento de los recursos, principalmente el tiempo. Así las cosas, los parámetros de eficiencia y eficacia constituyen los indicadores a través de los cuales se examina el ajuste del obrero al fin de la prosperidad¹⁵.

El proceso que hace que los obreros lleguen a alcanzar los estándares de eficiencia y eficacia, se encuentran demarcados por los resultados de los estudios que en cada tarea se han llevado a cabo con el fin de determinar los parámetros de tiempos y movimientos que establecen la norma de desempeño —principios científicos de trabajo— y sobre los cuales se instruye al operario. El logro de estos estándares se traduce en beneficios económicos directos para el obrero —aumento del salario, bonificaciones, etc.—, mientras que las desviaciones son sancionadas con la reducción de los ingresos y el despido, incluso.

“(…) Todos somos niños grandes, y es igualmente cierto que el obrero común trabajará con mayor provecho para sí mismo y para su patrón, cuando se le fija cada día una tarea definida que habrá de ejecutar en un tiempo dado, y que constituye un trabajo correcto diario para un buen obrero. Esto le proporciona una medida precisa, que le permitirá medir durante el día su propio progreso, y cuyo cumplimiento le proporcionará la mayor satisfacción.

(…) Por lo tanto, cuando a los obreros se les asigna diariamente una tarea que exige un alto promedio de velocidad, es absolutamente necesario que se les asegure la tarifa máxima cada vez que tenga éxito. Esto implica no solo fijar para cada obrero una tarea diaria, sino también pagarle un alto estipendio o premio, cada vez que consigue realizar su trabajo en el tiempo fijado. Es difícil apreciar en su justo valor en qué medida el uso correcto de estos dos elementos alienta al obrero permitiéndole alcanzar el más alto nivel de eficiencia y rapidez en su oficio, y luego mantenerlo, a menos que uno haya visto sucesivamente trabajar al mismo obrero con los dos sistemas. Es después de experiencias precisas, realizadas con obreros de valores diversos, ocupados en trabajos muy diferentes, como pueden apreciarse los

¹⁵ A lo largo de la obra, F. W. Taylor usa indiscriminadamente las palabras prosperidad y rendimiento, para referirse a los resultados esperados una vez implementado su sistema.

resultados notables y casi uniformes obtenidos por la correcta aplicación del sistema de la tarea y de la prima.

Estos dos elementos, la tarea y la prima (las cuales, como ya he expresado, pueden ser aplicadas de diversas maneras) constituyen dos de los elementos más importantes del mecanismo de la administración científica. Su importancia proviene del hecho de ser, por así decirlo, el coronamiento de todos ellos, exigiendo el concurso de casi todos los otros elementos del sistema tales como el servicio de preparación de tareas, estudio exacto del tiempo, estandarización de los métodos y herramientas, adiestramiento de los capataces funcionales o instructores, y, en muchos casos, tarjetas de instrucción, reglas de cálculo, etc." (1911/1973:86-87)

Así pues, el cumplimiento de la tarea y la prima o pago ajustado a las condiciones del trabajo esperado, constituyen en el sistema de F. W. Taylor los indicadores de normalidad sobre los cuales se evalúa y valora el desempeño del obrero. Así mismo, vale la pena recordar, a propósito de este tema, la manera como también se instauraron, en las empresas que adoptaron el sistema Taylorista, sistemas de tarjetas que indicaban al obrero la tarea a desempeñar, el pago recibido por concepto del trabajo del día anterior y los estándares de trabajo esperados para la jornada por comenzar, sistema que cumplía la doble función de advertir al obrero sobre las condiciones del desempeño de la tarea a la vez que determinar un plan de trabajo ajustado a las expectativas demarcadas.

El último mecanismo disciplinario que interesa a Foucault corresponde a aquel que combina las particularidades de la vigilancia jerarquizada y la sanción normalizadora: el examen y los diversos procedimientos que con él entran en escena para establecer sobre el individuo formas de control en muy diversos registros. El examen puede comprenderse como una "(...) mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar. Establece sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia y se los sanciona" (1975/1999:189). Para el autor, este procedimiento se encuentra altamente ritualizado en los ámbitos disciplinarios, gracias, principalmente, a que en el examen se encuentra la convergencia de formas de poder, establecidas en relaciones de sometimiento examinador - examinado, y formas de saber que implica el escudriñamiento cuidadoso de los objetos sobre los que se aplica.

Precisamente el hecho de ser un mecanismo que superpone regímenes de poder y saber, es lo que otorga singularidad al examen. Ello ha sido señalado de manera primordial por Foucault al ubicar en el interior mismo de este familiar procedimiento relaciones de poder que permiten constituir cierto saber (1975/1999:190). De este modo, el examen puede ser comprendido como una estrategia de orden político que establece unos modos de relaciones en los cuales los sujetos se vinculan en función del saber que logran unos de los otros, saber que se traduce, a su vez, en formas de dominio.

Es así como el saber y el poder se han integrado en un procedimiento que evidencia, una vez más, el trasfondo epistémico de las estrategias del control disciplinario y la ausencia de neutralidad política de las formas del conocimiento. Esta doble condición del examen es expuesta por Foucault a partir de tres particularidades que atribuye a este procedimiento.

En primera instancia, el examen implica, en el ejercicio del poder, una inversión en la economía de la visibilidad. El poder disciplinario se hace cada vez más invisible mientras que hace a los objetos sobre los que se aplica cada vez más visibles, lo que quiere decir que los individuos sobre los que procede el poder son puestos a la luz como objetos de evaluación, valoración y medida constantes en todos los rincones del aparato social, de allí su eficacia en todos los espacios donde se instala. En palabras de Foucault: "(...) El hecho de ser visto sin cesar, de poder ser visto constantemente, es lo que mantiene en su sometimiento al individuo disciplinario." (1975/1999:192). En este sentido, lo que hace el examen es establecer sobre el individuo, al objetivarlo, un régimen de observación evaluadora constante que lo atrapa en un sin fin de procedimientos de examen en la escuela, el trabajo, la familia, la vida religiosa, etc. Evidentemente, la docilidad con la que el individuo se hace objeto del examen está relacionada, especialmente, con la discreción que el poder disciplinario despliega en este mecanismo, dado que el ritual examinador procede de manera silenciosa, oculta, como directa y legitimada.

Por otro lado, el examen introduce al individuo en una red de registros documentales sobre él. Esto quiere decir que la observación, vigilancia y examen

constantes se traducen en registros, seguimientos y evaluaciones que conforman documentos a través de los cuales se busca captar e inmovilizar al individuo-objeto en su singularidad, de modo que se constituye el poder de escritura como una pieza esencial en los engranajes de la disciplina (1975/1999:184). La proliferación de registros, propia de los sistemas institucionales disciplinarios, hace entrar al individuo en redes de códigos, criterios, rasgos, que a la vez que lo individualizan, en el examen, lo homogenizan en función de las categorías a partir de las cuales lo describen y ubican en relación con otros, en relación con la norma. Para Foucault, la aparición y difuminación de estos códigos determina el momento de la formalización de lo individual en el interior de las relaciones de poder (1975/1999:194).

El resultado de la aparición de estos sistemas de escritura, hacen que el examen logre constituir al individuo como objeto susceptible de ser descrito, analizado, no sólo con el fin de reducirlo a los rasgos o signos establecidos —por ejemplo, taxonomías— sino para conservar su singularidad en una perspectiva epistémica particular —tal como la psicología, la medicina, el psicoanálisis y, en nuestro caso, la administración científica—. Así mismo, el examen permite establecer sistemas de comparación que apuntan ya no a lo individual sino a lo colectivo, lo grupal, haciendo posible el establecimiento de normalidades y desviaciones según los individuos son examinados unos en función de los otros (1975/1999:195).

La tercera particularidad a la que refiere Foucault, a propósito del examen, se relaciona con el hecho que este mecanismo, en sus instrumentos documentales y los rituales como procede, hace del individuo un caso: “(...) un caso que a la vez constituye un objeto para un conocimiento y una presa para un poder”. (1975/1999:196). De este modo, el individuo se ha hecho objeto de la descripción, el análisis, el juicio, la medición y la comparación con otros, a la vez que objeto de medios para el encauzamiento de sus conductas, para su normalización. Es así como el examen, como mecanismo de poder y saber, alcanza su éxito, dado que ubica al individuo en una red de registros que de alguna forma lo homogeniza, red que al tiempo lo expone al dominio y el control en el sistema al que pertenece. En este sentido, el examen hace visible al individuo objetivado y lo enuncia en su

singularidad, como caso, de modo que este mecanismo “(...) se halla en el centro de los procedimientos que constituyen el individuo como objeto y como efecto de poder, como efecto y objeto de saber” (1975/1999:197).

Por su parte, el examen, como resultado de la combinación de la vigilancia jerárquica y la sanción normalizadora, en una dimensión física del poder, pone también a funcionar los regímenes microfísicos de la política disciplinaria al hacer aparecer al individuo en las coordenadas temporales, espaciales, mecánicas y dinámicas que se han abordado previamente. En palabras de Foucault: “(...) combinando vigilancia jerárquica y sanción normalizadora, [el examen] garantiza las grandes funciones disciplinarias de distribución y de clasificación, de extracción máxima de fuerzas y del tiempo, de acumulación genética continua, de composición óptima de las aptitudes. Por lo tanto, de fabricación de la individualidad celular, orgánica, genética y combinatoria” (1975/1999:197). El individuo como caso, aparece, entonces, en regímenes de clases, series, ciclos, ritmos, rangos, procesos, lugares jerárquicos, etc., que le otorgan su singularidad.

El individuo producido en el régimen del poder disciplinario es conducido, entonces, por un conjunto de técnicas, mecanismos y procedimientos propios de este poder y que, a su vez, se encuentran vinculados a una formas del saber que los validan. F. W. Taylor ha elaborado una ciencia de la administración que se traduce en una racionalización del trabajo, esto es, la aplicación de principios científicos que imponen un modo apropiado de realizar cualquier tarea productiva y el modo como ha procedido para determinar los estándares ha sido poniendo a funcionar el método del examen en muy diversos ámbitos. Recordemos cómo sus investigaciones consisten en llevar a cabo una observación y registro riguroso sobre la manera como los obreros más hábiles y productivos realizan su trabajo, sometiéndolos a experimentos donde variaban uno o varios elementos que hacían parte de dicha labor, para posteriormente señalar la manera más adecuada de realizar la labor. Con ello ha hecho aparecer un hombre trabajador, como objeto que se traduce en condiciones de eficiencia y eficacia. Los procedimientos de evaluación, en el sistema Taylorista serán múltiples y

muy variados, pero nos interesa abordar aquí aquellos que hacen del trabajador simultáneamente asunto del poder y el saber.

Entre las creaciones de la propuesta de F. W. Taylor existe un concepto, que no ha sido abordado aquí hasta el momento, y que impone sobre el trabajador unas condiciones de vigilancia, medida, registro e individualización, este concepto es el de *coeficiente personal*. Este concepto es el producto de los estudios de F. W. Taylor en su búsqueda por hallar una medida apropiada para la coordinación de tiempos — eficiencia— y movimientos —eficacia— al tipo de tarea específica a desempeñar, y fue, en principio, aplicado al trabajo de las operarias en cargadas de la revisión de municiones para bicicletas:

“En los laboratorios de fisiología de nuestras universidades se realizan regularmente experimentos para determinar lo que se conoce como el ‘coeficiente personal’ de un individuo.

Esto se hace trayendo repetidamente algún objeto, la letra A o B por ejemplo, dentro del campo visual del sujeto, quien en el instante en que reconoce la letra debe hacer alguna acción definida, como presionar un determinado botón eléctrico. El tiempo que transcurre desde el instante en que la letra se hace visible hasta que el sujeto presiona el botón, es exactamente registrado hasta que el sujeto por un delicado instrumento científico.

Esta prueba demuestra en forma concluyente que existe una gran diferencia en el ‘coeficiente personal’ de los distintos hombres. Algunos individuos nacen con facultades de percepción y de acción refleja extraordinariamente rápidas. En ellos el mensaje es casi instantáneamente transmitido desde el ojo al cerebro, y el cerebro responde con igual rapidez enviando el debido mensaje a la mano.

Respecto de los hombres de este tipo se dice que tienen un ‘coeficiente personal’ alto, mientras que los de percepción lenta y acción lenta tienen un ‘coeficiente personal’ bajo.

Thompson reconoció prontamente que la cualidad más necesaria para los verificadores de municiones de bicicletas era un ‘coeficiente personal’ bajo. Por supuesto que las cualidades comunes de resistencia y laboriosidad son también necesarias. En interés tanto de las obreras como de la Compañía se hizo necesario excluir a todas las muchachas que no poseyeran un ‘coeficiente personal’ bajo. Y, desgraciadamente, esto implicó el despido de muchas de las obreras más inteligentes, más tesoneras y más dignas de confianza, simplemente porque no poseían facultades de percepción rápida seguida de acción rápida.” (1911/1973: 64-65)

El punto de partida de la valoración que hace F. W. Taylor sobre sus trabajadores se encuentra en uno de sus principios fundamentales: “(...) Seleccionar científicamente y luego instruir, enseñar y formar al obrero, mientras que en el pasado éste elegía su oficio y se instruía a sí mismo de la mejor manera, de acuerdo

con sus propias posibilidades" (1911/1973:29), de forma tal que el principio del éxito de su trabajo sea llevar a cabo la selección adecuada para el puesto de trabajo. La selección adecuada, en primera instancia, se basa en el reconocimiento de las potencialidades naturales del obrero, potencialidades que efectivamente aplica y que pueden llevarlo, por medio de la instrucción, a ser obrero de primera línea. Los criterios, entonces, comienzan en la naturaleza misma del individuo, en sus disposiciones biológicas y corporales, criterios que se hacen concretos en indicadores particulares como el coeficiente personal que señala la capacidad refleja del individuo como el primer indicador sobre sus capacidades. En la cita, a propósito de este aspecto, se evidencia el modo en que los criterios comienzan, a su vez, a definirse de manera relativa a la tarea que se espera desempeñe el individuo, de modo que altos o bajos coeficientes indican posibilidades e impedimentos.

En segunda instancia, la adecuada selección de los individuos incluye un estudio cuidadoso sobre su vida personal, rutinas, costumbres e incluso actividades extra laborales, como lo evidencia F. W. Taylor al exponer el procedimiento que usó en la selección de un obrero particular "(...) investigamos su historia, remontándonos en el tiempo tanto como fue posible, para conocer sus caracteres, sus hábitos y la ambición de cada uno de ellos. Finalmente, de los cuatro elegimos uno, que pareció más apto. Este era un pequeño hombre de Pensylvania, de origen holandés, que había sido visto correr al trote de vuelta a su hogar, durante más o menos una milla, al atardecer, hallándose tan fresco como cuando venía corriendo al trote para trabajar a la mañana" (1911/1973:34)¹⁶. No basta con que el trabajador cumpla con las aptitudes exigidas para el desarrollo de su tarea, sino que es preciso establecer sobre él la mayor cantidad de información posible que de cuenta de sus actitudes y la manera como sus particularidades pueden ser aprovechadas para el trabajo.

Por su parte, el sistema Taylorista de trabajo por tareas, supone en la dinámica laboral la inclusión de una estructura de vigilancia, seguimiento y planeación permanente. De este modo, la evaluación no es algo ajeno al proceso de trabajo, sino

¹⁶ El interés de F. W. Taylor, en este caso, es elegir un obrero de primera línea para el manipuleo de lingotes, trabajo bastante fuerte y sobre el cual le interesaba hacer un estudio de la correlación entre actitud del obrero, movimiento, peso y fatiga.

que de entrada el individuo sabe que está siendo objeto de observación y control, en dos sentidos principalmente. En el primer sentido, como aprendiz que se encuentra a disposición de los capataces o instructores que se dedican a señalar siempre de qué modo debe trabajar. En el segundo sentido, el obrero se encuentra bajo el examen de los indicadores de producción y estándares que los capataces traducen en planes de trabajo y tareas a cumplir. De forma tal que el operario nunca se encuentra ajeno a la mirada, al escrutinio ni a la medida de un sistema que ha sido especialmente diseñado para ello.

También vale la pena recordar el énfasis que F. W. Taylor pone en la necesidad de tratar siempre a los obreros de manera individual, pues de este modo se logra tener un conocimiento apropiado de cada uno y el capataz podrá, de ser necesario, dar cuenta de las particularidades de aquel que se encuentra bajo su dominio. Este proceso de conocimiento del obrero inicia desde la selección misma, pero también es parte fundamental en las relaciones que se establecen al interior del sistema Taylorista:

“Nuestro primer paso fue la selección científica del obrero. Al tratar con los obreros bajo este tipo de administración, es una regla inflexible la de hablar y tratar con uno solo por vez, puesto que cada obrero tiene sus propias capacidades y restricciones especiales, y como no estamos tratando con obreros en masa, sino que tratamos de llevarlos individualmente a su más alto rendimiento y prosperidad. Era, pues, necesario hallar el obrero adecuado para iniciar el trabajo a la velocidad establecida”. (1911/1973:33)

Si el procedimiento del examen es el mecanismo disciplinario que ha logrado la integración efectiva entre el poder y el saber, el examen se ha traducido a variadas prácticas valorativas sobre el individuo, entre las cuales se encuentra la evaluación que se lleva a cabo en el ámbito del trabajo a partir de F. W. Taylor, como se ha visto con los ejemplos mencionados. Esta evaluación hace entrar al hombre en redes de registro de habilidades, potencialidades, actitudes, hábitos, costumbres, rutinas, conocimientos, que deben ser calculados proporcionalmente a las expectativas de desempeño del aparato productivo al que se adscribe. De este modo, la historia del

trabajo se habrá transformado radicalmente en el momento en que se establece, en el interior mismo del sistema productivo, la evaluación sistemática como instrumento que hace evidentes el rendimiento, el progreso, la productividad, etc., tanto individual como colectiva.

Resumiendo, hasta aquí podríamos decir que lo que ha logrado el poder disciplinario, a través de la disposición de toda una serie de mecanismos de observación, registro y medida, es la invención del individuo, en sus particularidades, en cuanto objeto y blanco de su ejercicio. De este modo, se asiste al nacimiento del hombre moderno, individualizado gracias a todos los procedimientos que lo revelan en sus condiciones materiales como componente de un sistema de miradas, tensiones, fuerzas, que lo hacen objeto de descripciones, análisis y registros. La garantía de efectividad de este poder disciplinario se encuentra en el anonimato y silencio en el que trabaja, pues entre más directa y concreta es su injerencia en los individuos, menos visible es en sí y más visibles hace a los sujetos sobre los que se aplica, según lo que Foucault ha denominado "(...) la inversión del eje político de la individualización" (1975/1999:197). Sin embargo, la aparición de este individuo - objeto, según correlatos políticos y epistémicos, implica que el despliegue de la disciplina ha colonizado la mínima expresión de la sociedad, la corporalidad individual, con miras a ejercer su poderío a lo largo y ancho del aparato social mismo. El modo como logra esta colonización de los rincones del aparato social incluye, además de las técnicas y tácticas previamente mencionadas, la organización panóptica de la sociedad, asunto del cual nos ocuparemos en el apartado siguiente.

3.2. Disposición Panóptica del Trabajo

"La disciplina de taller, sin dejar de ser una manera de hacer respetar los reglamentos y las autoridades, de impedir los robos o la disipación, tiende a que aumenten las aptitudes, las velocidades, los rendimientos, y por ende las ganancias; moraliza siempre las conductas pero cada vez más finaliza los comportamientos, y hace que entren los cuerpos en una maquinaria y la fuerza en una economía."¹⁷

¹⁷ FOUCAULT, M. *Vigilar y Castigar*. México: Siglo XXI Editores, 1975/1999. Pág. 213.

El modelo de la disposición espacial perfecta para el ejercicio disciplinario implica la existencia de condiciones de adecuada vigilancia, donde los individuos se ubican concretamente en puntos estratégicos para su conocimiento y dominio, donde el control se ejerce de manera regular y constante, de modo que absolutamente todos los acontecimientos que se producen en el interior del sistema se encuentran plenamente identificados, registrados y regulados por las figura jerárquicas dispuestas para ello. El suceso histórico en el cual ubica Foucault esta espacialización disciplinaria es la aparición de la peste y las estrategias que frente a ella se despliegan, ofreciendo un modelo para el ejercicio disciplinario en términos de la distribución espacial y las funciones que implica. De este modo, el poder disciplinario establece instancias de control que funcionan según una doble condición que les es propia: "(...) el de la división binaria y la marcación (loco-no loco, peligroso-inofensivo; normal-anormal); y el de la asignación coercitiva, de la distribución diferencial (quién es; dónde debe estar; por qué caracterizarlo, cómo reconocerlo; cómo ejercer sobre él, de manera individual, una vigilancia constante, etc.)" (1975/1999:203). Sin embargo, este modelo del poder disciplinario obliga a este poder al cierre de la espacialidad donde se utiliza, a hacerse presente y visible por todos los puntos donde se aplica, a la vez que inventa engranajes nuevos, compartimenta, inmoviliza, retícula, segmenta y establece circuitos obligados de movimiento, asunto que de algún modo hace este tipo de poder algo costoso (1975/1999:208).

Es por este motivo que es preciso consolidar una forma del poder más económica que funcione como un retículo, como una red, espacial que no sólo se exprese en las formas arquitectónicas y la distribución de los cuerpos en el espacio que le es propia, sino también en la creación de series de orden simbólico —tablas, taxonomías, series, estadísticas— que ubican también al individuo en lugares específicos, unos en relación con otros. Para Foucault, la forma arquitectónica que reúne las condiciones efectivas para el ejercicio del poder disciplinario corresponde al

modelo del panóptico de Bentham, el cual es presentado por el filósofo de esta manera:

“Conocido en su principio: en la periferia, una construcción en forma de anillo; en el centro, una torre, ésta con anchas ventanas que se abren en la cara interior del anillo. La construcción periférica está dividida en celdas, cada una de las cuales atraviesa toda la anchura de la construcción. Tiene dos ventanas, una que da al interior, correspondiente a las ventanas de la torre, y la otra, que da al exterior, permite que la luz atraviese la celda de una parte a otra. Basta entonces situar un vigilante en la torre central y encerrar en cada celda a un loco, un enfermo, un condenado, un obrero o un escolar. Por el efecto de la contraluz, se pueden percibir desde la torre, recortándose perfectamente sobre la luz, las pequeñas siluetas cautivas en las celdas de la periferia. Tantos pequeños teatros como celdas, en los que cada actor está solo, perfectamente individualizado y constantemente visible. El dispositivo panóptico dispone unas unidades espaciales que permiten ver sin cesar y reconocer al punto. En suma, se invierte el principio del calabozo; o más bien de sus tres funciones encerrar, vigilar de luz y ocultar,; no se conserva más que la primera y se suprimen las otras dos. La plena luz y la mirada de un vigilante captan mejor que la sombra, que en último término protegía. La visibilidad es una trampa.” (1975/1999: 203-204).

En la perspectiva del filósofo, la forma arquitectónica del panóptico descrito, más bien guarda en su interior un sistema relacional y funcional que le otorga su preponderancia, dado que se convierte en una forma general de funcionamiento de la sociedad disciplinaria. Ya habíamos visto cómo los órdenes físicos —microfísicos— se habían aliado con estrategias ópticas para el ejercicio del poder disciplinario, ahora lo que se sumará será una organización geométrica que rápidamente se difundirá por el aparato social estableciendo el modo perfecto de integración del poder disciplinario a la vida cotidiana de los individuos.

El punto de partida de esta lectura de Foucault se encuentra en el modo como el dispositivo panóptico organiza y ejerce parámetros de vigilancia, control y dominio constantes sobre los individuos, en el momento en que ha introducido en cada uno de ellos la incertidumbre, pero también la certeza, de ser constantemente vigilados y controlados. Esto quiere decir, que el poder, independientemente de su constante o continua aplicación, ha hecho entrar al individuo en un juego de miradas y registros de los que se sabe objeto y a través de los cuales él mismo se encarga de ejercer una

regulación sobre sus propias conductas, actitudes y fuerzas, según un "(...) estado conciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder" (1975/1999:204). Esto hace de la máquina panóptica el sustento de un funcionamiento automático del poder que se traduce en la creación de relaciones de poder que poco o nada tienen que ver con quién ejerce dicho poder, pues es el aparato en marcha el que agencia las relaciones de subordinación y dominación.

De esta forma, el poder viene a ubicarse del lado de aquel que es sometido, pues sabiendo la visibilidad de la que es objeto en el aparato disciplinario al que pertenece, reproduce por su cuenta las coacciones del poder. La consecuencia de esto es el establecimiento de modos de sujeción que se encuentran en el individuo mismo y las relaciones que establece en el contexto en el que se encuentra. De este modo, los cuerpos individuales distribuidos, ubicados, localizados, se hacen objeto del dominio que sobre ellos se aplica como del saber que es posible lograr de ellos, dado que el aparato panóptico es a la vez un laboratorio político y epistémico que hace de la observación —real o ficticia— su procedimiento particular.

Se podría decir que el logro de la propuesta de Bentham se encuentra en haber diseñado la figura disciplinar que se extenderá por todo el aparato social a partir de los siglos XVII y XVIII. En efecto, las instituciones disciplinarias comenzarán a adoptar las redes, funciones y relaciones que el mecanismo panóptico propone, de modo que esos cuerpos normativos, llamados instituciones, dispersos por todos los rincones sociales y, según una fórmula general de dominación, darán cuenta de la formación de la sociedad disciplinaria (1975/1999:212).

Es aquí donde es posible ubicar la aparición y consolidación de las instituciones modernas, en la expansión de las formas disciplinarias del poder y, en el trasfondo, en varios procesos más profundos que se han movilizadо gracias a esta forma del poder que interesa a Foucault indagar. El primero de estos procesos corresponde a la inversión funcional de la disciplina, de modo que ésta se dispone de manera positiva como el mecanismo a través del cual se hace un individuo más útil, independientemente del contexto concreto —escuela, familia, fábrica, instrucción militar, etc.—. Con ello, la disciplina ha perdido su sesgo negativo y se le ha hecho

entrar en una positividad que la ubica como creadora, generadora, al fin y al cabo, fábrica de individuos útiles y dominados.

En segunda instancia, el aumento de las instituciones disciplinarias implica al mismo tiempo la desintitucionalización de los mecanismos del poder, dado que sus mecanismos se dispersan por todo el cuerpo social ubicándose, incluso, en todo tipo de formas de control. A propósito, es de particular interés el modo como el saber mismo, cumple con la función de ser agente normalizador y controlador de los individuos, su poder radica en que se encuentra más allá de los ámbitos institucionales y desde allí dispone órdenes sociales a través de los discursos y prácticas que pone a funcionar.

Por último, la disciplina difuminada por los rincones sociales dará lugar a la aparición de una figura concreta encargada de la regulación nacional de los individuos: la policía. Este aparato se hará coextensivo a todo el orden social y actuará sobre todo aquello que haya o no entrado en el régimen disciplinario, en la forma de una disciplina intersticial y metadisciplinaria (1975/1999:218).

De este modo, las formas disciplinarias de mecanismos microfísicos y cerrados espacialmente, se ha desplazado, con el panoptismo, hacia formas sociales y abiertas de organización, en cuanto el dispositivo panóptico conjuga en él las funciones del poder en cuanto sistema relacional atravesado por una física y geometrías propias. Es así como la disciplina se consolida como tecnología en cuanto física y anatomía del poder, en cuanto "(...) es un tipo de poder, una modalidad para ejercerlo, implicando todo un conjunto de instrumentos, de técnicas de procedimientos, de niveles de aplicación, de metas" (1975/1999:218), de forma tal que la disciplina no se ubica o se identifica en una forma institucional particular.

En este recorrido Foucault ha demostrado cómo las formas del poder que se habían extendido previas a la Época Clásica se han transformado en la disciplina, sobre todo en la medida en que ese poder se ha hecho discreto, silencioso, económico, omnipresente e invisible, condiciones necesarias para el funcionamiento político en una sociedad de individuos y estatal, no comunitaria o monárquica: "(...) Nuestra sociedad no es la del espectáculo, sino la de la vigilancia; bajo la superficie

de las imágenes, se llega a los cuerpos en profundidad; detrás de la gran abstracción del cambio, se persigue el adiestramiento minucioso y concreto de las fuerzas útiles; los circuitos de la comunicación son los soportes de una acumulación y de una centralización del saber; el juego de los signos define los anclajes del poder; la hermosa totalidad del individuo no está amputada, reprimida, alterada por nuestro orden social, sino que el individuo se halla en él cuidadosamente fabricado, de acuerdo con una táctica de las fuerzas y de los cuerpos" (1975/1999:220).

De acuerdo con esta perspectiva, es posible comprender cómo la sociedad disciplinaria ha logrado expandirse y ajustarse de manera tan efectiva en el sistema social entero, sirviendo a fines económicos, políticos, educativos, científicos, etc., en la medida en que se dispone a través de un conjunto de técnicas diversas y flexibles que, al fin y al cabo, logran el ordenamiento de las multiplicidades humanas al "(...) hacer el ejercicio del poder lo menos costoso posible, (...) hacer que los efectos de este poder social alcancen su máximo de intensidad y se extiendan lo más lejos posible, (...) aumentar a la vez la docilidad y utilidad de todos los elementos del sistema" (1975/1999:221). Del mismo modo, el éxito de la disciplina aplicada se encuentra en la forma en que se convierte en agente productor, productor económico —en tanto ordena los cuerpos, los afina y combina—, productor de saber, de salud, en fin, productor de individuos adecuados —dóciles y útiles— (1975/1999:222). Así, comprendida la disciplina como tecnología, en su función productiva desarrolla las tecnologías de las que debe disponer, siendo el individuo una de ellas: el individuo como objeto y sujeto tecnológico.

A propósito, llama la atención Foucault sobre el papel de la disciplina en el sistema productivo en particular, en cuanto es posible ubicar que en el despegue económico de Occidente a la par los procedimientos que permitieron la acumulación del capital se desplegaron métodos de acumulación de hombres como forma política novedosa. Esto ha generado una integración necesaria entre las formas económicas y políticas en la medida en que "(...) los dos procesos, acumulación de hombres y acumulación del capital, no pueden ser separados; no habría sido posible resolver el problema de la acumulación de los hombres sin el crecimiento de un aparato de

producción capaz a la vez de mantenerlos y de utilizarlos; inversamente, las técnicas que hacen útil la multiplicidad acumulativa de los hombres aceleran el movimiento de acumulación de capital (1975/1999:223). Cuenta de esto ha dado, suficientemente, la historia del capitalismo como también las formas de disposición del trabajo, tal como F. W. Taylor las ha propuesto y que, aún hoy, no cesan de afinarse.

Así mismo, en la medida en que la disciplina no hace parte visible y efectiva de las grandes estructuras jurídico - políticas, su poder se esparce más rápidamente como fundamento político de la sociedad en general, gracias, especialmente, a los pequeños procedimientos y mecanismos de los que dispone para el control de los individuos al introducirse en absolutamente todas las relaciones que se establecen en el aparato social.

Otra de las particularidades del poder disciplinario es señalada por Foucault a propósito de uno de los asuntos que más ha interesado resaltar aquí, esto es, la estrecha relación entre el saber y el poder que, en un vínculo estratégico, disponen formas de organización de lo individual y lo colectivo. En este sentido, la producción del saber y el aumento del poder se encuentran estrechamente relacionados, dado que establecen entre sí un proceso circular que trae como consecuencia el desbloqueo epistemológico de muy diversas formas del saber —la psicología, la administración y en general todo conocimiento sobre el hombre—, a partir de un afinamiento de las relaciones de poder; de la misma forma que gracias a la formación y acumulación de nuevos conocimientos el poder ha multiplicado sus efectos (1975/1999:227). Como formas reveladoras de la verdad de los individuos, los diversos procedimientos disciplinarios que se ocupan del individuo —la vigilancia, el registro de su singularidad, el examen, las formas de normalización—, se han extendido por aparatos disciplinarios que remiten unos a otros en un sin fin de series que recorre y recorren el individuo. Las ciencias, en su saber positivo, en su pretensión científica, integrarán estos mecanismos como instrumentos de saber y de poder simultáneamente, como es el caso de la administración científica que nos interesa.

Específicamente, en cuanto a la manera como el dispositivo panóptico, que la disciplina ha adoptado y según las particularidades que se han presentado, en

integración con la forma como se dispone el trabajo en la obra de F. W. Taylor, interesa recuperar tres elementos concretos: por un lado, la manera como, en la conciencia de la vigilancia, el obrero se convierte en un agente de control para sí mismo —conciencia producto del sistema en el cual se encuentra incluido—; en segunda instancia, la producción y acumulación de hombres que se propone al interior del sistema Taylorista; y, por último, la propuesta de F. W. Taylor extendida al aparato social, como forma de organización nacional. Interesan particularmente estos aspectos, dado que es aquí donde se circunscriben, al fin y al cabo, los asuntos fundamentales de la obra de F. W. Taylor, lo que ubica sus estudios en ese lugar particular de funcionamiento político y epistémico propios de la sociedad disciplinaria.

En primera instancia, nos encontramos con que las formas del trabajo que F. W. Taylor pretende implementar se encuentran estrechamente vinculadas con la disposición de sistemas de vigilancia efectivos que conservan la doble condición de ser invisibles y discretos. Si bien en el apartado anterior se había mostrado el sistema de vigilancia jerárquica que F. W. Taylor proponía a través de la presencia de, por lo menos, 8 capataces especializados, lo cierto es que al fin y al cabo su sistema apunta a que la tarea —efectivamente desarrollada, aprendida y lograda por el obrero—, se convierta en la forma de regulación de su sistema. Así las cosas, es el obrero, por su cuenta y en el entramado de sistemas de registro en el que se ubica, quien permanentemente ejerza sobre sí un control que no apunta a otro objetivo que el mantenimiento y aumento de su productividad, a través del indisoluble vínculo que en el sistema de F. W. Taylor existe entre tarea y prima —reconocimiento económico—.

En el trasfondo de la organización del trabajo por tareas se encuentra un entramado relacional que otorga igual responsabilidad y poder al obrero como a directivos —capataces, propietarios—, según una política de la cooperación. La idea de cooperación se convierte, en la perspectiva de F. W. Taylor, en el fundamento de las relaciones laborales, de acuerdo con el papel que asigna al obrero —de aprendiz y en constante perfeccionamiento— y al capataz como instructor a la vez que agente de planeación.

“La parte central de este libro pondrá en evidencia que, para hacer ejecutar el trabajo de acuerdo con leyes científicas, la dirección debe estudiar y ejecutar ella misma gran parte del trabajo que ahora se confía a la iniciativa de los obreros; casi todas las operaciones del taller debieran ser precedidas por uno o más actos preparatorios de la dirección que permitan al obrero hacer su trabajo mejor y más rápidamente que antes. Y cada obrero debiera ser instruido diariamente por sus superiores y recibir de éstos la ayuda más cordial (...)

(...) se verá que los resultados útiles han provenido principalmente de: 1º la sustitución del criterio individual del obrero por una ciencia; 2º la selección y formación científicas del obrero, que es estudiado, instruido y adiestrado, y podría decirse sobretodo a experimentación, en lugar de permitir que se seleccione y desarrolle al azar, y 3º la cooperación íntima de la administración con los obreros, de manera que juntos realizan el trabajo de acuerdo con las leyes científicas obtenidas, en lugar de dejar la solución de cada problema personalmente en manos del obrero. Al aplicar estos principios, en vez del antiguo esfuerzo de cada obrero, ambas partes tienen casi igual participación en la ejecución diaria de la tarea a cumplir, realizando la administración parte del trabajo para cuya ejecución se encuentra mejor capacitada, y el obrero el resto.” (1911/1973: 23, 82)

De este modo, intrínseco al aparato productivo, bajo la idea de la cooperación, se estipulan la asignación de roles, de fines, tareas y procedimientos a seguir, los cuales, al fin y al cabo se convierten en los mecanismos por medio de los que se logra la perfecta autorregulación del sistema. Gran logro para F. W. Taylor, quien señala como uno de sus mayores resultados en haber creado una forma de organización del trabajo que armoniza las relaciones entre obreros y patronos a la vez que evita la posibilidad de confrontaciones, detenciones o disminuciones en la producción lo mismo que las huelgas: “(...) Debo insistir nuevamente que durante los 30 años ocupados en implantar la administración científica, no ha habido una sola huelga entre los que trabajaban de acuerdo con sus principios, aun durante el periodo crítico de transición del antiguo al nuevo sistema” (1911/1973:95).

Por otro lado, el estudio sistemático de tiempos y movimientos, orientado específicamente al establecimiento del modo más adecuado de realización de la tarea, exige por parte del obrero el desarrollo de un conjunto de habilidades y competencias particulares. Desde el reconocimiento de sus potencialidades hasta su instrucción y ubicación en el preciso lugar del proceso productivo, el lugar que le corresponde, se ha producido la pieza más adecuada al aparato productivo de la época: el obrero calificado. De este modo, se ha fabricado el engranaje que encaja en el sistema, a través de una disciplina que ha definido componentes mecánicos y dinámicos para dicho engranaje, multiplicando sus fuerzas y potencialidades.

“No obstante, el cambio de la organización empírica por la organización científica no consiste solamente en el estudio de la rapidez correcta para hacer el trabajo y en la transformación de las herramientas e implementos existentes en el taller; comprende también un cambio completo en la actitud mental de todos los obreros del taller hacia sus tareas y hacia sus patrones. Las mejoras materiales efectuadas en las máquinas para asegurar grandes ganancias; el estudio de movimientos, sobre la base de un estudio minucioso realizado con un cronómetro y el estudio del tiempo en que cada obrero debe efectuar su trabajo, pueden ser realizados con relativa rapidez. Pero en cambio en la actitud mental y en los hábitos de los 300 o más trabajadores solo puede ser logrado lentamente, mediante una larga serie de lecciones objetivas que demuestran a cada obrero la gran ventaja que obtendrá cooperando cordialmente, en su tarea diaria, con la administración. Sin embargo, en el taller en cuestión, al cabo de tres años la producción por obrero y por máquina había sido más que duplicada”. (1911/1973:72)

Así las cosas, la propuesta Taylorista se ha ocupado, en cada uno de los puntos que la conforman, de establecer los parámetros a través de los cuales el individuo se ha hecho parte integral de su sistema al establecer mecanismos de selección, instrucción y perfeccionamiento continuo que se traducen en el beneficio y progreso no sólo del individuo o de la empresa, sino también social y nacional.

En este sentido, no hay que perder de vista que la propuesta de F. W. Taylor fue generalizar los resultados de sus estudios a otros ámbitos distintos al aparato productivo. De hecho su propuesta apuntaba a la creación de ciudadanos que extendieran su disciplina y productividad en beneficio no sólo de sí mismos o de las empresas, sino también de la comunidad en general, de modo que su obra puede ser leída, a su vez, como una oferta científica y política en favor de todos, según define como sus fines el progreso y bienestar colectivos.

“Los derechos del pueblo son, por lo tanto, mayores que los del patrón o del empleado. Y esta tercera parte deberá tener su debida participación en cualquier ganancia. En realidad, un vistazo a la historia industrial revela que, en definitiva, el pueblo recibe la mayor parte del beneficio proveniente de las mejoras industriales.

(...) Durante un tiempo, dos de las partes se rebelarán contra este progreso: los obreros se opondrán a toda ingerencia en sus viejos métodos empíricos, y la administración se opondrá a que se le impongan nuevos deberes y nuevos cuidados; pero al final el pueblo, por intermedio de la ilustrada opinión pública, obligará a patrones y obreros a aceptar el nuevo orden de cosas.

(...) la adopción general de la administración científica duplicaría

prontamente la productividad del obrero industrial. Piénsese que esto significa para todo el país un aumento, tanto del volumen de las cosas necesarias a la vida como de los objetos de lujo, y la posibilidad de disminuir las horas de trabajo y de aumentar las oportunidades para adquirir educación, cultura y esparcimiento. Y mientras todo el mundo saldría beneficiado con este aumento en la producción, el fabricante y el obrero verán acrecer sus beneficios.

(...) Esto significa un aumento de la prosperidad y una disminución de la pobreza, no solamente para la empresa y sus obreros, sino también para toda la comunidad. Uno de los elementos accesorios de este aumento considerable en la producción es que el obrero ha sido sistemáticamente adiestrado para alcanzar su más alto grado de eficiencia, y se le ha enseñado a efectuar una clase de trabajo superior de la que era capaz de hacer bajo los antiguos tipos de administración; y al mismo tiempo ha adquirido un estado de conciencia que le hace estimar el trabajo y sus patrones, mientras que anteriormente pasaba gran parte de su tiempo en críticas estériles, suspicaces y a veces francamente hostiles. Esta ganancia directa para todos los que trabajan bajo tal sistema es, sin lugar a dudas, el elemento más importante de todo el problema." (1911/1973: 96, 100-101)

De este modo, el aparato social y el sistema productivo han encontrado en F. W. Taylor y sus planteamientos la forma de organización política que habían estado necesitando, dado que los modos de dirección y producción implementados hasta ese momento no habían funcionado del todo y cada vez era más imperiosa la necesidad de aumentar los estándares de producción como disponer de los individuos adecuados a las demandas de un mercado creciente. Ha nacido así, no sólo una forma de trabajador sino también, y sobre todo la organización moderna del trabajo que se encarna en la figura de la empresa científicamente ordenada.

De este modo, las formas del control instauradas en la disposición disciplinaria de la sociedad, demarcan un vector que atraviesa las organizaciones productivas como uno de sus puntos más importantes. En este sentido, el individuo trabajador se ha hecho visible bajo la enunciación de los parámetros científicos que reglamentan su labor productiva, al tiempo que se ha enunciado como objeto de saber para múltiples discursos -no sólo administrativos sino también económicos, psicológicos o sociológicos- que disponen sobre él formas cada vez afinadas de vigilancia y observación.

A propósito es menester reorientar la lectura que tradicionalmente se hace sobre la propuesta de F. W. Taylor, como discurso pionero en la administración científica, para comenzar a leerlo en la clave de ser el precursor de formas políticas y

epistémicas sobre el hombre que trabaja, el trabajo y las organizaciones productivas. En este sentido, no basta leerlo en las ideas concretas de su propuesta, sino en las consecuencias que ha traído al mundo productivo en general, al establecer ideales de hombre, producción, dirección, según procedimientos estandarizados y rápidamente difundidos a todos los rincones sociales, asuntos que al fin y al cabo demarcan la manera como se realiza el trabajo aún en nuestros días.

CONCLUSIONES

“Los primeros autores que escribieron sobre el trabajo capitalista, como Adam Smith, creían que los relatos de la vida en el ámbito laboral desaparecerían en el mundo industrializado, porque las tareas de los hombres estarían cada vez más dominadas por una rutina monótona. No ha sido así. Igual que adquirimos los conocimientos mediante la repetición y la rutina, en el mundo laboral, hasta la rutina más soporífera puede servir para construir un relato de vida acumulativa (...)”¹⁸

El recorrido realizado hasta el momento ha permitido establecer un vínculo particular entre las técnicas y procedimientos propios del poder disciplinario y los elementos, principios y condiciones intrínsecas al sistema Taylorista, vínculo que se ha presentando en la convergencia entre las disposiciones disciplinarias y los postulados que organizan el trabajo a partir de F. W. Taylor. En este sentido, hasta el momento ha sido visible la manera como es posible hacer una lectura de la administración científica en clave epistémica y política, de acuerdo con los métodos que pone a funcionar, las estrategias de las que se vale y los fines que propone.

Sin embargo, y de acuerdo con los planteamientos de Foucault, la tarea crítica que aquí nos hemos propuesto, en cuanto procedimiento de carácter histórico - filosófico que se propone escudriñar las disposiciones de la verdad que, en la forma de estrategias de poder y condiciones del saber subyacen a los ordenamientos culturales, particularmente las instituciones sociales que se propagan por el mundo Occidental a partir de la Época Clásica, implica considerar tres niveles de análisis interrelacionados y subsidiarios entre sí, de modo tal que sea posible acceder a una lectura a la vez arqueológica, genealógica y estratégica, tal como se definió en el primer capítulo. En este sentido, las conclusiones se presentarán atendiendo a cada uno de estos niveles propuestos por Foucault para llevar a cabo la crítica, sin perder de vista que no se trata de niveles separados, sino estrechamente vinculados en las formas culturales en

¹⁸ Sennett, R. *La Calle y la Oficina: Dos Fuentes de Identidad*. En: Giddens, A. et alter. *En el Límite. La Vida en El Capitalismo Global*. Barcelona: Kriterion Tusquest, 2001, Pág. 258.

las que se aplica, en este caso en particular en el individuo y la organización productiva inaugurados en el sistema Taylorista.

El ejercicio de la crítica, como orientación metodológica del trabajo filosófico, implica exponer las formas del saber y el poder que ponen en juego discursos y prácticas singulares, en la medida en que las relaciones entre el saber y el poder traen a la luz objetos novedosos y establecen, a su vez, campos de relación, coerción y enunciación sobre ellos. En este marco, es posible comprender al individuo moderno como una invención particularmente interesante, entre los distintos objetos que aparecen en el entramado de relaciones entre saber y poder, en la medida en que los conocimientos que sobre él se establecen se traducen en técnicas de dominación, según una vinculación epistémico-política cada vez más silenciosa, efectiva y discreta que se dispone en la forma de tecnologías de subjetivación, esto es, procedimientos a través de los cuales se instituyen formas de ser del sujeto particulares.

A lo largo de *Vigilar y Castigar*, Foucault ha expuesto de manera detallada el modo como la aparición de una nueva forma del poder, el poder disciplinario, ha traído a la luz, a través de la individualización, un nuevo objeto: el individuo, como blanco no sólo de formas de coerción particulares sino también como materia de muy diversos saberes que con él aparecen, individuo que es parte de la sociedad disciplinaria que encuentra su forma concreta en las múltiples instituciones sociales, entre las cuales la empresa aparece con un papel preponderante, dada su responsabilidad en la planeación, organización y control de la producción económica de la sociedad.

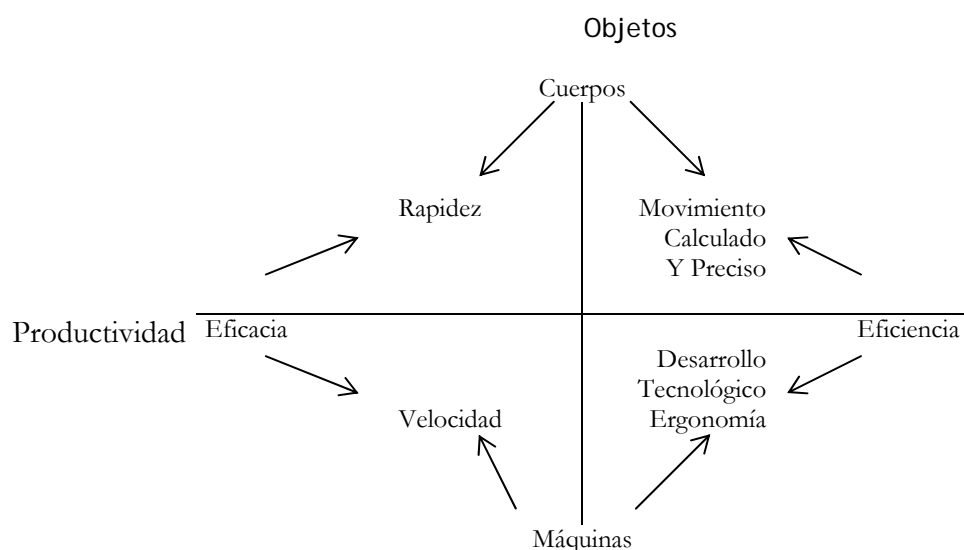
Es precisamente en este ámbito en el cual aparecen los principios de F. W. Taylor como una propuesta de carácter estrictamente científico para el manejo de los trabajadores y la organización productiva en general. En este sentido, un acercamiento a las formas del saber estrecha e ineludiblemente vinculadas al poder, hace posible leer en F. W. Taylor una propuesta de carácter científico que se formula como una administración que tiene como fin fundamental el logro de la prosperidad, el bienestar y el progreso tanto de obreros como de directivos y de la ciudadanía en

general, a través del establecimiento de fórmulas de dominación intrínsecas al sistema productivo.

En este sentido, si bien las investigaciones de F. W. Taylor buscan abolir las formas empíricas del trabajo al definir como objetivo fundamental "(...) probar que la mejor administración es una verdadera ciencia, que descansa sobre la base de leyes, reglas, y principios claramente definidos. Y además, para demostrar que los principios fundamentales de administración científica son aplicables a todas las clases de actividades humanas (...)" (1911/1973:9), lo que se encuentra a través de los estudios de tiempos y movimientos es la definición de principios que permiten determinar el máximo de rendimiento posible del obrero, como lo hemos visto, a través de la descomposición del cuerpo del individuo, el cálculo de sus movimientos en relación con parámetros temporales así como el establecimiento de medidas estadísticas y matemáticas que permiten establecer la norma de producción de los obreros en diversas situaciones.

El cuerpo del individuo, del obrero, se hace el objeto sobre el cual se logra un saber que, en términos de Foucault, se comprende como anátomo - metafísico, al establecer la forma del funcionamiento del cuerpo esperado en el trabajo productivo, a la vez que dicho saber se ha dispuesto como un mecanismo técnico - político al determinar sobre los movimientos del obrero formas de dominio regidas por los tiempos, la tarea, sistemas de vigilancia organizada y, al fin y al cabo, la medida económica que se aplica sobre la producción. A partir de lo anterior es posible comprender cómo F. W. Taylor ha logrado el desarrollo de un método de estudio sobre el hombre que trabaja y el trabajo, del mismo modo que como estudio científico ha establecido las reglas para la organización, dirección y disposición de las fuerzas y corporalidad humanas al servicio de la empresa productiva. A propósito, se podría decir que con F. W. Taylor aparece un nuevo hombre trabajador, aquel que se forma en el sistema productivo particular al que pertenece, el que es objeto de medida y controles rigurosos, aquel del cual se conocen los mínimos detalles que interfieren o favorecen su desempeño, al fin y al cabo, el obrero perfecto: dócil y útil.

Desde este punto de vista, el cuerpo del obrero aparece como una máquina sobre la cual se han establecido partes útiles, acciones apropiadas, movimientos calculados, estándares de producción en tiempos definidos, etc. Así mismo, el cuerpo como máquina, ha entrado en el campo de otras máquinas con las cuales interactúa, según la propiedad combinatoria de la disciplina, máquinas que a la vez son individuos, instrumentos y herramientas que también interesó a F. W. Taylor perfeccionar en función de la mayor producción posible. A propósito, si quisiéramos leer los planteamientos Tayloristas en función de los objetos de los que se ocupa —cuerpos y máquinas— y según el fin que se propone —aumento de la productividad en correspondencia con la mayor efectividad, comprendida como la combinatoria entre eficiencia y eficacia—, tal vez encontraríamos el siguiente registro:



A partir de esta lectura sería posible pensar que entre los logros de F. W. Taylor, se encuentra el desarrollo de una ingeniería humana que hace del cuerpo efectivamente una máquina en sí misma que en términos de la eficacia se inscribe como un objeto de medida temporal y que en términos de eficacia se comprende según los movimientos calculados y precisos que debe alcanzar. A su vez, el cuerpo como máquina, se combina con otras a través de los planes de trabajo desarrollados, lo que permite un mejor aprovechamiento de la maquinaria disponible traducido en un aumento en la velocidad de la producción y que, del mismo modo, favorece el desarrollo tecnológico a partir de la creación de nuevas máquinas apropiadas y

adecuadas a las condiciones corporales humanas como a los fines productivos. El resultado del sistema Taylorista, sería, en este sentido, haber hecho objeto de su estudio el cuerpo - máquina, afinado en condiciones de eficacia y eficiencia, que se traducen en rapidez, movimientos calculados y precisos y, por ende, aumento de la productividad.

A propósito de este tema, son muchas las críticas que se han hecho al sistema Taylorista, sobre todo en cuanto se le señala de olvidar las condiciones humanas del individuo y transformarlo únicamente en una máquina de producción (1985:119). Respecto a este asunto en particular, la crítica no se propone hacer una valoración negativa producto de una lectura inmediata de la propuesta de este autor, sino más bien señalar en qué condiciones y bajo qué marco es que se da una maquinización de lo humano en cuanto al trabajo y la producción, considerando como un antecedente fundamental de la administración científica el ámbito del poder disciplinario, sus fines y objetos: hacer de los cuerpos instrumentos dóciles y útiles a cualquier propósito social, por medio de muy variadas prácticas y procedimientos epistémico - políticos.

Del mismo modo, es preciso no perder de vista que en los análisis de F. W. Taylor lo humano no aparece ligado única y exclusivamente a su condición corporal, sino que el hombre es visto también como un organismo complejo del cual es preciso conocer sus motivaciones, intereses y necesidades, de forma tal que, más allá de las condiciones estrictamente corporales de su constitución, el hombre es también un individuo psicológico, el cual es menester conocer para establecer los procedimientos más adecuados de integración al sistema productivo.

Es en este marco donde la idea de tarea aparece como particularmente novedosa, dado que no sólo dispone el plan de trabajo concreto que orienta las acciones del obrero, sino que a su vez se convierte en una meta, un objetivo a cumplir, con el cual se compromete el obrero mismo en el desempeño de su trabajo, dado que además de establecer un control sobre su producción, el tiempo y sus comportamientos, el logro de la tarea se traduce en una prima económica que funciona como incentivo, como motivador.

El sistema Taylorista ha dispuesto como fin el desarrollo de principios o reglas que rigen el trabajo de obreros y directivos hacia la mayor productividad posible, del mismo modo que como forma política ha determinado los mecanismos —de control, de aprendizaje, de planeación, de investigación— a través de los cuales se logra el obrero más apropiado a los fines productivos. En este marco, el concepto que articula e integra los regímenes epistémicos y políticos es el de tarea, tarea como función, como regla, como elemento metodológico, como fin, como principio.

En este sentido, la tarea, que el mismo F. W. Taylor señala como uno de los componentes más importantes de su trabajo, aparece como el concepto en el cual convergen de manera particular los resultados de las investigaciones del autor —en el plano del conocimiento—, del mismo modo en que se convierte en el referente por excelencia de la coacción que se ejerce sobre el trabajador —en el plano del poder—. De allí que la tarea que debe conocer el trabajador y a partir de la cual rige su labor, se convierte en un referente de su vinculación con el ámbito de la producción como regla o principio rector, como verdad que gobierna sus acciones.

La tarea, definida como objetivo, como meta, integra en sí misma el logro de estándares de eficiencia y eficacia claramente determinados por el sistema de conocimiento y control que F. W. Taylor ha establecido al hacer entrar al individuo trabajador en un universo de estudios, documentos y registros que producen constantemente un saber que se traduce en planes y parámetros. La consecuencia de esto será la inclusión en la empresa, en el ámbito productivo, de muy diversos saberes vigilantes del hombre trabajador, de la producción, de la organización del trabajo, etc., lo que hace de la obra de F. W. Taylor un hito histórico en los estudios sobre en la comprensión contemporánea de los saberes que se ocupan del hombre que trabaja, el trabajo y la organización productiva, tales como la sociología y psicología del trabajo, los estudios organizacionales y la ingeniería, entre otros, como lo señala Dávila (1985: 119).

En relación con lo anterior, a pesar de los casi cien años que han transcurrido desde que se pusieron en marcha por primera vez los postulados Tayloristas, es innegable que han generado un impacto incalculable en nuestra cultura, en la medida

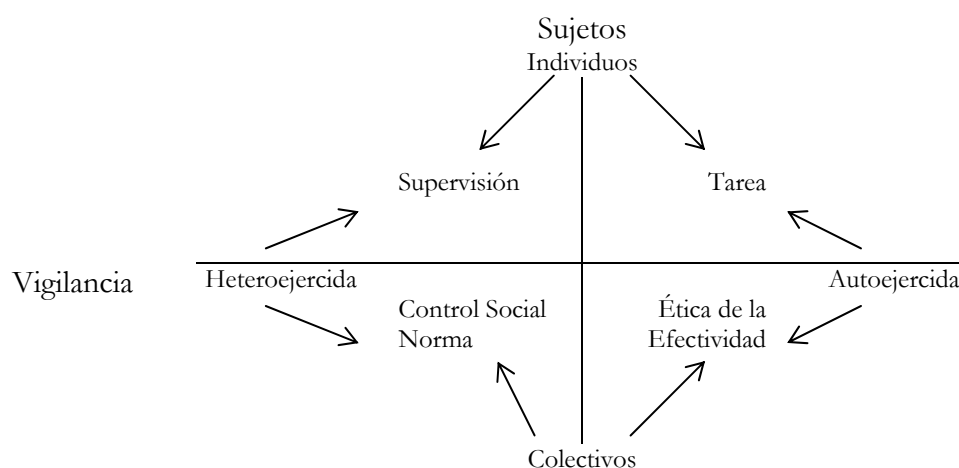
en que se proponen, por primera vez en la historia, orientaciones de carácter científico y político aplicables al sistema productivo que no sólo implican el establecimiento de un estilo y procedimientos administrativos, sino que también establecen una teleología particular al trabajo del hombre al establecer la efectividad —combinación de la eficiencia y la eficacia— como una meta deseada y esperable. En este sentido, el genio de F. W. Taylor es reconocido como el iniciador de una ideología de la administración de personas, económica y productiva en general, que ha determinado los fines esperados siempre que se administre cualquier sistema humano con fines productivos, asunto del cual aún las actuales teorías administrativas no se han podido desligar. De este modo, el fin de la eficiencia y eficacia, traducidas en indicadores de progreso, desarrollo, prosperidad, crecimiento, han permanecido hasta nuestros días como racionalidades dominantes, tal como lo ha señalado David Boje (1993) en su estudio sobre el modo como los postulados Tayloristas han logrado mimetizarse, transformarse y variar en función de los tiempos, las modas y el desarrollo tecnológico, logrando siempre imponer su sello particular a la organización del trabajo humano.

Así, los estudios de F. W. Taylor no sólo han logrado establecer las condiciones más adecuadas para la producción y acumulación, de hombres y de capital, sino que han hecho del trabajo un agente normalizador de gran alcance social, en cuanto la organización productiva se encuentra entre las instituciones de control más refinadas de la sociedad al imponer en su interior la tarea como condición normativa por excelencia, regida por la ética del progreso y la prosperidad que tanto anhelaba F. W. Taylor para el pueblo norteamericano.

De este modo, el poder de la tarea no sólo reside en los aspectos previamente mencionados, sino en el modo en que se convierte en un componente intrínseco al sistema de producción económica en la cual el individuo se inscribe, sirviendo como medida que el mismo obrero se encarga de salvaguardar bajo la idea del propio beneficio. Lo anterior lleva a que el control propio de la empresa, como aparato disciplinado, sea ejercido a través de la tarea que, como medida, parámetro, norma, hace que el individuo trabajador entre en un sistema de vigilancia caracterizado por

ser autofuncional —ejercida por sí mismo— y heterofuncional —ejercida por otros—, en relaciones que no solamente tienen la particularidad de ser jerárquicas en una lectura descendente, sino también, incluso, ascendente y horizontal.

De este modo, el individuo ha entrado en una disposición panóptica del trabajo que lo hace objeto de su propia vigilancia, a la vez que agente y objeto de la vigilancia de otros. A propósito, el siguiente diagrama señala los productos de los modos de vigilancia, individual y colectiva, autoejercida o heterofuncional, teniendo en cuenta las particularidades que establece al interior del sistema, dimensión que queda ilustrada en el siguiente diagrama:



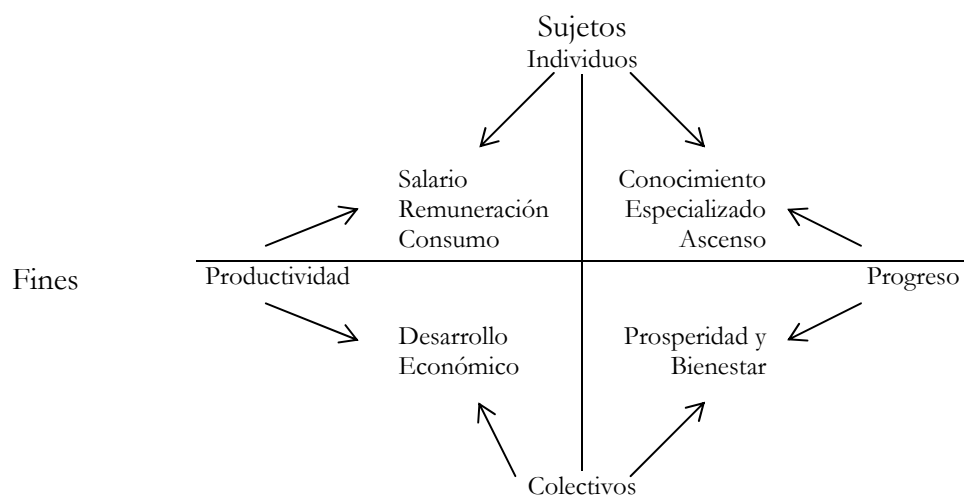
Los sistemas de vigilancia dispuestos en la organización del trabajo que pone a funcionar el sistema Taylorista, que hacen del individuo mismo objeto y sujeto de su control, trascienden así los límites particulares de la organización y se integran al proyecto de sujeción que se ha extendido por la sociedad disciplinaria en la forma de una ética de la efectividad. Es en este sentido que es posible afirmar que F. W. Taylor ha hecho entrar al ámbito productivo en la modernidad, a través del intrincado sistema de relaciones que establece entre el saber científico que ha alcanzado y las formas del control que, apuntando al individuo en particular, disponen mecanismos de sujeción y autosujeción enmarcados en los ideales del bienestar, el progreso y la

prosperidad individual y colectiva, según los principios que él propone deben regir el trabajo humano.

Para ello el poder disciplinario, como táctica, combina mecanismos de orden espacial, temporal, dinámico, mecánico y óptico, que despliegan formas de encauzamiento del individuo, según una correlación entre mayor productividad y menor resistencia, logrando su mayor subordinación al aparato social al hacerlo un engranaje más en el gran sistema. De este modo, los fines de lo social atraviesan la vida del hombre trabajador, al aparecer en la forma no ya de fines ajenos o externos sino particulares y propios que, incluso, se traducen en planes y proyectos de vida.

Algunos autores recogidos por Dávila, a propósito de este tema en particular, llaman la atención sobre el modo como el sistema Taylorista ha reducido la vida del hombre nefastamente a ser un proyecto de perfeccionamiento continuo restringido a lo productivo exclusivamente, dejando de lado otras dimensiones humanas (1985:101). Al respecto no hay que olvidar que el proyecto de F. W. Taylor no se circunscribe al ámbito de la empresa y se propone más bien como una forma de organización social y política de la sociedad en general que se verá ampliamente beneficiada por el logro de una máxima producción. La lectura no debe realizarse, entonces, en términos del modo como el sistema Taylorista restringe lo humano a lo productivo, sino en la vía inversa, en la forma como el sistema Taylorista puede más bien convertirse una forma de funcionamiento social que lleve sus logros a otros ámbitos distintos al productivo, como una disciplina que logrará el máximo beneficio para todos¹⁹. Aspecto que puede ser leído en el siguiente diagrama:

¹⁹ A propósito véase el epígrafe del primer capítulo como una ilustración de este punto en particular.



Así las cosas es indudable el impacto que la organización Taylorista del trabajo ha generado, no sólo en el ámbito productivo, exclusivamente, sino también en muy diversos escenarios sociales, al convertirse en un procedimiento de estudio y control sobre la producción económica, humana, de conocimiento, etc. Al respecto, incluso, su efecto no puede circunscribirse únicamente al ámbito de las instituciones sociales occidentales, sino que también es posible encontrar rastros del Taylorismo en el fortalecimiento de los sistemas productivos orientales, tal como lo señala Boje (1993) en el caso particular de Japón.

Se podría decir, entonces, que la disposición científica del trabajo, que tiene su precursor en F. W. Taylor, ha trascendido los límites organizacionales y culturales, para convertirse en una forma general de funcionamiento de la cultura que se ordena bajo los parámetros de la efectividad, el progreso y la prosperidad, estandartes que F. W. Taylor muy bien pudo leer en los vientos de su época y traducir en un sistema de control riguroso y válido para muy diversos ámbitos humanos.

Sin embargo, a pesar de la manera como se ha expuesto la lectura del sistema Taylorista, como una propuesta que ha invadido prácticamente todos los espacios sociales, aún cabe la pregunta por aquellos intersticios de la cultura donde su

implementación no ha sido del todo alcanzada o donde se han generado interesantes hibridaciones. Nos referimos aquí a caso colombiano, en particular, dado que los estudios sobre las culturas organizacionales en nuestro país evidencian un interesante sincretismo entre los planteamientos Tayloristas, regidos por ordenamientos disciplinarios de carácter político y epistémico modernos, y formas culturales que podríamos llamar premodernas, basadas en una organización del trabajo empírica, regida por lazos emocionales que se traducen en la puesta en marcha de pactos y compromisos de carácter personal que se sobreponen a las disposiciones de la organización.

Algunos sectores en particular, tales como el ámbito del transporte urbano en Bogotá, el sector agroindustrial, así como las pequeñas y medianas empresas, precisamente aquellas sobre las que descansa casi el 60% de la producción económica colombiana, se caracterizan por pretender orientar el trabajo y la producción humanos a través de formas científicas, estilos administrativos y estrategias de control que tienen su origen y fundamento en los trabajos de F. W. Taylor. Sin embargo, los estudios culturales demuestran que, de la mano del Taylorismo, se han configurado estilos administrativos que combinan igualmente la idea de la selección adecuada del obrero con el nepotismo y el privilegio de relaciones personales, de la misma forma que proponen planes de trabajo y ordenamientos laborales que sirven a intereses y expectativas que demandan los mercados nacional e internacional mezclados con formas del trabajo que no han variado mucho en el tiempo y conservan los parámetros productivos de una economía de subsistencia.

Además de esto, las investigaciones que se han realizado en estos sectores colombianos han arrojado como resultado, con sorpresa para muchos, que los indicadores de progreso, bienestar y prosperidad, en los que adquiere el sistema Taylorista validez social, cultural y política, no corresponden con las expectativas de los trabajadores colombianos, en la medida en que la idea del futuro bienestar individual y colectivo no se identifica con el sistema productivo sino que, más bien, se privilegian metas de carácter personal y familiar para nada vinculados con los ideales que promueven las organizaciones productivas a las cuales se encuentran vinculados,

de modo tal que los ideales de vida formulados por muchos de nuestros trabajadores se establecen al margen de los postulados de progreso formulados por el proyecto moderno traducidos en beneficios para los obreros.

En este orden de ideas, el panorama expuesto deja abierta la pregunta no sólo sobre las condiciones cómo se organiza en trabajo en nuestro país, sino también sobre el límite que las propuestas Tayloristas tienen en contextos culturales como el nuestro. A propósito, tal vez valdría la pena indagar aún más el modo como en Colombia, frente a formas de dominación tan generalizadas como la Taylorista, se generan condiciones de resistencia que han hecho que la apropiación de los principios modernos de bienestar, progreso y desarrollo se imbriquen con restos culturales premodernos y preindustriales, según una lectura que permita acercarnos a las lógicas de resistencia que subyacen a pueblos como el nuestro, a partir de la pregunta ¿por qué ser gobernados así y de este modo?.

BIBLIOGRAFIA

BOJE, David. *The Resurreccion of Taylorism: Total Quality Management's Hidden Agenda*. En: Journal of Organizational Change Management, Volumen 6, 1993.

DÁVILA, Carlos. *La Organización y la Racionalización del Trabajo*. En: Teorías Organizacionales y Administración, Enfoque Crítico. Bogotá: Editorial Interamericana S. A., 1985.

FOUCAULT, Michel. *¿Qu'est-ce que la Critique? (Critique et Aufklärung)* (1978). En: Bulletin de la Société Française de Philosophie, Vol. 84, 1990.

FOUCAULT, Michel. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la Prisión* (1975). México: Siglo XXI Editores, 1999.

SENNETT, Richard. *La Calle Y la Oficina: Dos Fuentes de Identidad*. En: Giddens, Anthony *et alter*. En el Límite. La Vida en el Capitalismo Global. Barcelona: Kriterion Tusquest, 2001.

TAYLOR, F. W. *Principios de la Administración Científica* (1911). Editorial Ateneo: Buenos Aires, 1973.